



ANTOLOGIA DE CUENTOS

1958

© Rolando Diez de Medina, 2015
La Paz - Bolivia

INDICE

Historia Gris del Tata Limachi
La pascua Florida
Si el amor se hace de la nada ...
Mi Calle.
Ten Dollars (Diez Dólares)
Mientras mi mujer dormía

“Historia Gris del Tata Limachi”

RAUL BOTELHO GOZALVEZ

Escritor, novelista y cuentista paceño.
Es su especialidad la novela. Tiene
publicados varios libros.

Uno riada de ponchos grises, castaños, rojizos, amarillos, de sombreros de lana de oveja, paja trenzada, paño, con campaneantes perlas de hilo y seda. Un abigaborlas de hilo y seda. Un abigase contonean, de todo color y amplitud, unas de cordellate asperísimo y bayeta de Castilla, otras de lienzo barato o costosa seda. Un resonar de millares de ojotas, de zapatillas de caña alto, chancletas sin tacos y plantas desnudas, cuarteadas por el frío y el lodo. Un vaivén de mantones, rebozos y aguayos listados con toda la gama del arcoiris. Eso y mucho más, hiende los ámbitos de la calle Illampu, en el antiguo barrio de Chocata de la ciudad de La Paz, a la hora del atardecer.

¡Hierve la riada humana! Se pecha, habla, borboto, ríe, canta, gime. De su vientre clamoroso, abarrotado por todas las cosas que esconde la multitud humana, surge de rato en rato el agudo pregón del suplementero que vocea los periódicos de la tarde, la canción descompuesta del borracho y las palabrotas que tienen todo el sabor mestizo del chairo.

Algunos indios, golfos y galopines, en las esquinas hacen rueda al organillero que muele uno tonada intermitente, mientras dá por solo diez centavos, la suerte de unos papelitos impresos que varios canarios y loritos amaestrados sacan con el pico de una caja dispuesta bajo la jaula. Cerca de él, sentadas sobre el suelo los fritangueras fríen chicharrones, pescados, buñuelos, en grandes sartenes llenas de manteca. Más allá, vestido con un remendado y albo mandil de algodón y gorrita del mismo material, el empanadero lleva un cajón asido a los hombros por una correa donde está la bandeja de llauchas con queso.

-¡Llauchas, caseritooooo! ¡Llauchas calientitas!

Abriendo a codazos y empujones una brecha en la masa de gente, una chola -manta recogida sobre los hombros, delgado sombrero de copa puesto con gracioso desgaire sobre la frente abierta por la raya del pelo que se reparte en dos trenzas- estridula alegremente:

-¡Tamalitos con aceituna! ¡Comprenme tamalitos! ¡Ta...ma...li...toos!- desarticula la palabra con armoniosa modulación.

Contra los portales de los tambos hay centenas de indios recién llegados: agrestes, impasibles, miran silenciosamente. Están adobados entre los amplios pliegues del poncho. Debajo los sombrerotes desgachados y rotos, se les ve las facciones chúcaras, con mechones de pelo lacio y negro, con ojos almendrinos que todo devoran con avidez, aunque parecen no ver nada.

En cuclillas se alinean en las aceras las vendedoras. Colocan su pequeño mercancía sobre aguayos extendidos sobre el empedrado, o sobre cajones. Chispea la lumbrera de las mankapayas y cafeteras:

-¡Cinco realitos el chupe!

-¡Diez centavos la tacita de café yungueño!

Confundidas entre las otras, allí también están las recoveras que ofrecen verduras, carnes, charque, tunta, chuño, caya, chicha y fruta; las mujeres de los artesanos que mercan pantalones de bayeta de la tierra, camisas, ropa usada, zapatos y toda la trapería que dejan los señoritos de la ciudad de más abajo. Ofrecen su mercadería al que pasa. Lo miman un instante y cuando se habla del precio, carcajean, gruñen, discuten. Regañan entre ellas y se insultan hasta la quinta generación; pero, en seguida, sosegadas después de la soflama, concluyen por echar en olvido las ofensas y se concretan, de nuevo, a su comercio. Insultan al indio que regatea. Discuten la calidad de sus artículos y airadas, más por costumbre que por convicción, ofenden a quien manosea mucho lo que ha de comprar.

-¡Hua, vaya ps a tocar otra cosa!

-¡Hurga no más ps en otra parte y no me vengas a hurgar mi mercadería! De dónde no más te has te llevar lo mejor...

Lenta la multitud va y viene. Suda, brinca, baila, se prosterna y yergue. Es como una tempestad contra una costa. Un oleaje en el dique de una calle.

Por las abiertas puertas de las chicherías y restaurantes populares salta a la calle la música cacofónica de la pianola, el ruido ciceo de la radio mal sintonizada. Oyese ruidos de vasos, risotadas, bordoneo de guitarras, rezongos de concertina y jacarandoso picotear de charangos.

El aire tibio se cierne como una mano sobre la multitud que existe, que es y se manifiesta en desordenado y eufórico rebalse.

Millares de viandantes que se empujan y resuellan sobre el pedregal callejero, se dejan llevar por la marea cobriza, oliente a llama, a puna seca, que circula a lo largo de dos kilómetros y no desemboca sino cuando la noche blande cuchillazos de hielo altiplánico. Entonces sin que nadie sepa cómo, por la calle Sagárnaga, por la Santa Cruz, por la Avenida Manko Kapaj, y por muchos callejones malolientes y retorcidos, donde se ocultan los borrachos y los enamorados pobres, se va regando la gente.

Y la calle Illampu queda silenciosa, yerta de frío. En su calzada desigual y en sus aceras aporilladas quedan los restos de la marejada vespertina: cáscaras, residuos, chupones de coca,

pedazos de lienzo y una multitud de casas más, donde ponen el friolento hocico los canes sin dueño.

Este es el barrio de Chocata y en uno de sus tambos empezó la vida de Pastor Limachi,

Era hijo de doña Candelaria Limachi, hembra membruda, con unos pechos rotundos, megalomastas, capaces de alimentar a un batallón de infantes. Chola en toda la acepción, conoció la brega cotidiana desde el día en que llegó a la tierra. Hija de unos artesanos bordadores de chaquetillas de felpa que habitaban en el tambo de San Benito, allí creció casi sin contratiempos, arrojada en la sórdida e infanda dimensión del tambo al que llegaban diariamente centenares de indios que venían arreando su recuilla de asnos peludos y escualidos, de ojos nostálgicos y ascéticos, cargados de pequeñas cosechas que, las más de las veces, eran usurpadas por las cholos revendedoras, a cambio de un valor arbitrario.

Allí Candicha, como la llamaban sus próximos, aprendió el arte de usurpar a los indios, las artimañas para engañar al más avisado. Este arte, con mucho de mala ciencia, le sirvió cuando sus pobres progenitores se marcharon al otro mundo con el escozor superbo de quienes no han tenido bien temporal de ninguna clase.

Por entonces Candicha era una chola gárrula que se las pasaba dando rabetas a todos los "honrados artesanos" que en altas horas de la noche venían a golpear la puerta de su cuarto. A veces, urgida por su muy natural curiosidad de mujer, permitía que de vez en cuando se colase uno que otro mozo con trazas de Tenorio churrigueresco, pero cuando éste quería "ofender su dignidad", lo sacaba a empujones por la puerta y dejaba al atrevido con las cajas a medio templar.

Sin embargo no faltó el macho rudo y peludo que confirmó su prepotencia humillando la celosa virginidad. El héroe de esta empresa fue un herrero apellidado Maceda, de ahí que había podido doblar el hierro a puro golpe. A este tropiezo sobrevinieron muchos otros hasta que Candicha, regocijada por el prodigio que le daban sus jóvenes encantos, no quiso perder noche sin holgar ni día sin divertirse, de modo que acabó por ser la chola de historia mas edificante en el barrio de Chocata.

A ella venían los jaraneros y le lanzaban serenata tras serenata entre gallos y medianoche. Tanto trascendió su fama que una buena noche llegó a la tienda de Candicha, tras cuyo mostrador imperaban Venus y Baco, cierto diputado de tierra adentro. El Honorable "padre de la Patria", más honesto que sus antecesores, para honrar su propio tratamiento después de tres días de concupiscente festival, dejó a Candicha, a más de un fajo de buena moneda, el formal ofrecimiento de un hijo.

En efecto, a los siete meses se cumplió el ofrecimiento del diputado quien, dicho sea de paso, no volvió a asomar las narices.

La maternidad en algo cambia la vida de la chola. "Me formalizado", respondía cuando alguien la interrogaba, prendido por su extrañamiento de la vida alegre.

El regalo del diputado era un crío pequeñito y enclenque, al que se iba a llevar el viento. Era feo, paliducho, ojinegro, tranquilo como un anciano. "Ese chico vive por milagro", comentaban las comadres de la vecindad; empero, Candicha logró que el pelele de alambre y estopa se convirtiese en un robusto niño, digno de ofrecer su cuerpecito para modelo de querube de iglesia provinciana.

Fue de poca manta para Candelaria la cuestión del nombre. Ella que era devotísima sin llegar a la beatería y creyente hasta superar la superstición, resolvió que su hijo llevase el nombre eglógico y arcádico de Pastor, en homenaje a Jesucristo, pastor de almas.

De ahí proviene el nombre de nuestro héroe.

Pastuco en San Benito comenzó a ventear los mestizos regueldos del barrio de Chocata. Tirado entre pellones de oveja y aguayos de lanosos kaitos, gateaba en el estrecho marco de la cocina, donde retozaban con desalados correteos espantadizos cerca del fogón de barro y las ollas tiznadas, los conejillos de India. Una gala negra, con enigmáticos ojos de francesa y un gallo de picuda cresta, eran compañeros silenciosos en las horas en que Candicha, estada detrás del balay repleto de fruta y verdura, atendía su negocio en la entrada de la tienda.

Ya el niño en la tempranilla edad de tres años, solía ir a merodear en los canchones empedrados, olientes a bestia y heno podrido; allí se revolcaba en compañía de otros pequeños sobre los haces de cebada y paja, entre locos gritos y chacota, hasta la hora en que aparecía el furibundo propietario de los haces y los corría, denostándoles con ásperas interjecciones y con el Santo Roma enarbolado y chasqueante. Después de azorarse y jurar contra el malhechor que de esa guisa les privaba de divertirse, reuníanse de nuevo y marchaban a los corrales, donde aguijaban a las maltrechas bestias y les ponían espigas de cebada bajo el rabo. Otras veces se encaramaban sobre el matoso lomo de los borricos y organizaban seria cabalgata, pavoneándose dentro del corral como mariscales de un ejército desarrapado y bullicioso que marchaba a la conquista de la alegría.

A medida que pasaban los días Pastuco iba conociendo muchas cosas con las cuales ampliaba la periferia de su experiencia e íbase formando un claro concepto sobre la vida y milagros del tambo; a este barniz sutil y adolescente vino a sumarse la insinuación abisal y turbadora de lo que es la médula misma de la humanidad. Un día regresó a casa de su madre el herrero Maceda, como toro quereloso, que torna a la dehesa florida, y allí imperó largo tiempo como compañero brusco y rijoso de Candicha, a la que apaleaba de cuando en cuando para mantener su imperio a fuerza de puños y patrañas, dominando a la chola por el temor que ésta tenía de desatar la volcánica furia de aquel corpachón, formado de músculos, nervios e intestinos para batir hierro antes que para acariciar suaves intimidades.

A medianoche, en la densa tiniebla del cuchitril donde vivían, Pastuco era interrumpido en sus sueños y trasladado del caliente hueco junto a su madre hasta un sofá destartado, donde extrañas y callosas manos le cubrían con las frazadas y le dejaban estar hasta la hora en que echaban sus primeros cacareos las gallinas y los gallos ahuyentaban el vapor de la mañana con su grito; entretanto, en el cuartucho el fuelle del herrero, como sordo rumor de animalidad que se retuerce.

El herrero tenía escasa consideración para Pastuco: cualquier malacrianza o la mas leve travesura daban lugar, primero a la reprimenda y, luego, a que el artesano le tomase por el hirsuto cabello, mientras el niño berreaba en demanda de compasión y con seis o siete badanazos le enrojeciese las nalgas. Maceda, excitado, añadía el sermón a la paliza.

-¡So sinvergüenza, hijo de siete padres, yo ley de enseñar a tener respeto de los viejos! ¡Si estas creído que así nomás te haste crecer, estás muy equivocado! ¡Tey de sacar gente!

-¡Ji...ji... jiiii, jum!- apenas se atrevía a gimotear tragándose las lágrimas, el castigado.

Como estas escenas se repitiesen con cierta frecuencia, acabaron por picar los sentimientos maternos de Candicha, la que un día, loca de rabia, arremetió contra Maceda para proteger al chico. Y ahí fue la de Dios es Cristo. Hubo imprecaciones, botellazos, gritos, ollas lanzadas a la cabeza, trapos que salían disparados por la puerta, trompadas y una granizada de interjecciones. Todo ésto amenizado por la música de fondo que era el grito pelado de Pastuquito. Los vecinos del tambo asomaban la cabeza por los portales, sin atreverse a intervenir por temor a beneficiarse con la gresca ajena. Hasta que llegó un gendarme y tartajeando el castellano invocó el nombre de la ley, ordenando a los contendores a seguirlo hasta la próxima Comisaría. Sin embargo, en el ardor de la batalla, Candicha y Maceda hicieron caso omiso de la autoridad. Fue menester la ayuda pública para separarlos.

Cuando ambos estuvieron reducidos, una larga fila de ociosos espectó en la salida del tambo su pose a la Comisoria. Candicha ostentaba en el rostro varios moretones y la cara patibularia de Macedo tenía una contusión de la que resbalaba un hilo de sangre que empezaba a coagularse.

En la calle la chola lanzaba pintorescos insultos al vejador de su hijo, adornándoles con motes y distinciones de tan grueso calibre y que tan a plenitud desnudaban la idiosincrasia del cholo que éste, exasperado, energúmeno por las risas del público y los dengues de cuanta chola le conocía empezó a forcejear con ánimo de zafarse de la coyunda en la que le llevaban, para "hacer tragar los insultos a la chola". Empero, cuanto más arreciaba la cólera de Macedo, más enérgico era el vocabulario de Candicha, empeñada en poner de oro y azul al artesano.

En la Comisaria un viejecillo desgarrado, poltrón detrás de un escritorio que ocupaba una suerte de testera, puso punto en boca a los querrellosos, y lanzó un imperativo "¡Silencio!". Mas, tampoco hízole caso la chola y atropellándose, trabándose la lengua, relató cuanto le convenía. El vejete hacienda de tripas corazón, de nuevo rugió con mayestática solemnidad:

-¡Silencio, sos ajos! ¡Esta es la Polecía y nadie se sale con la suya!!

Los cholos se sintieron dominados. El paco que había acudido al tambo, hinchó el pecho y sorbióse las narices con estrépito. Por la puerta del retén asomaban las carotas cetrinas de los gendarmes de servicio y, desde la calle, los blancos sombreros de las cholos del tambo.

-A ver, ¿cómo es?- interrogó el vejete a Candicha.

-¡Vea usted ps, doctor. Este traposo me pega todos los días y también le pega a mi guagua...! ¡Es un comedebalde, y así quiere nomas vivirse conmigo! Y nadie le contenta... Si supieras ps, doctorcito... ¡ji, ji!- empezó a llorar, a lágrima viva, Candicha.

Cuando Macedo quiso hablar, el Comisario le lanzó un tremendo: "Silencio, so ajo", garrapateó en un libraco y dirigiéndose a un guardia, le dijo:

-¡Ensoquíllelo veinticuatro horas!

Le había caído bien el apelativo de "doctor".

La chola se limpiaba con los flecos de su manta las mejillas mojadas de lagrimas. Estaba como perpleja y enternecida.

-Cuando le pegue otra vez ese atrevido, venga nomas a verme a mí, que estoy hecho para dar justicia, como lo ordena el Código Penal y Civil y las partes pertinentes de la Constitución magna -habló de nuevo el "doctor".

La chola, aliviada, alzó la barbilla y tropezó con la mirada del vejete, ya no iracunda y tirana sino ardiente y sumisa, y al advertir un guiño picaresco que éste le hacía, se sublevó de repente.

-¡So viejo chanco! Si está creyendo que soy como las "chilenas", está pelado. ¡No soy como fue su madre! ¡So chanco!

-¡Ssssh, chola atrevida! Yo le voy a enseñar a respetar a la autoridad. ¡Cállese o la enrejo a usted más ps! -gritó el Comisario, salido de casillas.

-¡Métame ps, métame ps, si quiere! ¡Al lado de mi hombre pan y cebolla, aunque me pegue y mate de hambre...! ¡So hijo de tal por cual!

Y Candelaria fue a reunirse con Macedo, a quien contó, llorosa las pretensiones del Comisario. El chota sintió que se le inflaban las venas y un bulto de rabia se le atascaba en la garganta.

-Cuando salga voy a hacer cuerdas de guitarra con las tripas de ese viejo chanchol!
-exclamo y así se reconciliaron.

La pacificación duró poco tiempo, Macedo fue incapaz de olvidar la rebeldía de Candicha, y aunque la chola de nuevo se doblegó cuantas veces era necesario para ablandar el rencor, solía a veces recordar a Macedo su crueldad, lo que soliviantaba el ánimo del herrero, quien tomándose las con Pastuquito, le hacia víctima y mártir de su mal genio, de modo y manera que el justo pagaba por el pecador".

Candicha no aguantó más y uniendo a su maternal brío su natural instinto para venirse a las manos, vapuleó a Macedo cierta vez en que éste, para su mal, había llegado con un humor de los mil diablos, y una insuperable borrachera. Usó un largo caño de hierro, de esos que empleaba Macedo en el taller, y lo blandió tan bien que terminó por romperle una costilla y dejarle en el suelo, casi exánime, boqueando de dolor. Como el cholo juraba y perjuraba dejarla en el sitio apenas le abandonase tan insoportable dolor, la chola y su hijo se pusieron a buen recaudo y marcharon a la Comisaria en demanda de amparo. La policía envió a Macedo al hospital de Miraflores, donde le tuvieron cosa de cinco días. A tiempo de retirarse el cholo le fue notificado de no volver a asomar más por el tambo de San Benito, y en caso de hacerlo iría a parar, irremisiblemente, con sus huesos y rencores, en un hediondo calabozo. Pero Macedo, más que a nada empezó a temer a Candicha, de modo que nunca más en su vida herrerial tornó a holgar y usufructuar de los favores de la chola.

Entre tanto ya otro gallo imperó en el corral. El comisario sentó plaza de protector y aunque su edad no le permitía ir muy lejos por los caminos de Eros, con buen talante y largueza eliminó las exigencias físicas y conquistó el aprecio de su concubina, aprecio que aumentó en la misma medida con que el comisario iba encariñándose con Pastuco.

Este amante duró largo tiempo y solo cuando fue el polizonte trasladado a un pueblo de tierra adentro, Candicha quedó de nuevo en vacancia.

De aquí hasta tres años mas tarde la vida rodó con palurda tranquilidad. Pastuquito ya era un mocoso redondo y cebado que daba gusto, que asistía al primer curso de la escuela del barrio de la que traía ciencia y chinchones. La preceptora, consecuente con las mejores teorías pedagógicas, usaba de la palmeta y de la palma de la mano para introducir con sangre el silabario y la aritmética en los testafellos que tenía a su cuidado.

A los ocho años cumplidos en la existencia de Pastuco, la preceptora, luego de rotundas tests, adivinó el porvenir del muchacho. Por su afición a embarrarse y a hacer bodoques de tierra, la perspicaz y celosa pedagogía descubrió en el niño inclinaciones de la albañilería, y tal diagnóstico lo hizo conocer a Candicha. La chola, lejos de conformarse con el edificante porvenir de albañil para su hijo, protestó airada y sustrajo a Pastuco de la pernicioso influencia de la maestra, la cual, a su entender, no era más que una birlocha entremetida.

De allí no pasaron los experimentos, hasta que el niño llegó a los diez años virgen de letras y de números, aunque desvirgado de inocencia, candor y buenas costumbres debido a la corrupción y al mal ejemplo de los vecinos y viajeros que se hospedaban en el tambo de San Benito.

Candicha ya no era la de antes. Quizá arrepentida de cargos de conciencia y deudas con la moral, acabó por abrigar debajo de esos calandrajos que antes fueron redondos y pletóricos senos, una mística y advenediza devoción católica. Del fondo de su marchitez insurgió el fervor, y

de sus gruesos labios sensuales, duchos probadores de picantes, brotaban los Padrenuestros y Credos en el inacabable rosario de arrepentimientos.

Como sus varias visitas al templo le hiciesen familiarizarse con toda la beata feligresía, así como con los principales curas de la parroquia, acabó por tentar con obsequios y carantoñas, remilgos y misas cantadas, al ilustre tata Cosme Candela, a quien un día invitó para que fuese al templo a comer unos picantes expresamente aderezados para su sagrada y oronda humanidad.

Tata Cosme era amigo de jaranas, guitarras y picantes, gustos que había refinado en largo ejercicio parroquial por los villorrios y pueblos del valle y las punas, donde colgó la sotana toda vez que ella era una impedimenta para dar trancos por el sendero florido y alegre de la buena vida, que en buen romance debe entenderse por concupiscencia.

De llegado que fue la primera vez a San Benito, no tuvo ninguna dificultad en recordar el camino. Y no paró en los inocentes placeres gastronómicos, pues entre libación y libación se le iba corriendo la careta al cholo, ríspido lobezno lleno de apetitos y quedaba en cueros ante Candicha. Ella, de su parte, tocada como estaba de la mano que dá y quita pecados e indulgencias, se amoldó a maravilla, de suerte que en escaso tiempo terminó por convertirse con toda su gentilicia madurez en la más devota servidora del servidor de Nuestro Señor.

Sin muchas ceremonias ni largos introitos el reverendo trizó sus ya rasgados votos de castidad y con gula digna de mejor bocado, terminó por ser el virtual marido de Candicha y padrastro de Pastuquito.

El niño primero recibió, con remilgos la presencia del tata, pero a medida que ella se volvía familiar, Pastuco fue creando el hábito de ver los hábitos olorosos a incienso y sebo del tata Cosme Candela.

-El amor de Dios es lo primero de todos, porque El es "Patrem omnipotentem factorem caeli et terrae, visibilium omnium et invisibilium" -decíale el tata, en las grandes tenidas teológicas que lo suavizaban la digestión al término de opíparas picanteadas-. Pero aunque el amor de Dios solo se consigue por la renuncia al mundo y a sus placeres, yo creo con San Agustín que a Dios debemos amarle en sus obras -añadía mirando con entrañable convicción los redondos hombros de Candelaria que apoltronada en un pellejo de oveja, escuchaba fluir el sacro verbo.

Pastuco, en plena pubertad, ya tenía ligera noción de lo que insinuaba tata Cosme, por eso absorbía con deleitoso éxtasis las sabias palabras del cura, sintiendo, sin darse cuenta, que era ganado por la religión.

Como no hubo solución de continuidad en la amistad que unía a tata Cosme con Candelaria, la obra del sembrador fructificó en el alma agreste e inútil de Pastuquito, que fue volviéndose un catecúmeno taciturno, opaco, temeroso de la salvación de su alma. Y su fe, mezcla de confusos anhelos y supersticiones fue en aumento con la consuetudinaria plática del cura.

Un día tata Cosme, hundiendo la mano en uno de los profundos bolsillos de su sotana, sacó un catecismo medio descompaginado y alargándoselo a Pastuco, le dijo:

-Ya que sabes deletrear bastante de corrido, voy a obsequiarte este libro. Léelo con cuidado, que él te enseñará el camino de la luz, la verdad y la vida, pues has de saber, Pastuco, que el evangelio de San Juan dice "in principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum".

Pastuco al principio leía con aburrimiento, sin entender dogmas tan problemáticos, pero viendo que no entender era lo más importante en la religión pues en ello iba envuelto el misterio de la fe, se decidió a aprender de memoria al catecismo, a tal punto que hasta se olvidó de mataperrear por las calles, tan fascinado estaba por el mundo insomne que empezaba a descubrir.

Tata Cosme estaba satisfecho como no lo estuvo misionero alguno al incorporar al rebaño de N. S. a neófito tan predispuerto, pues con ello creía pagar algo de las deudas contraídas con Candelaria.

Así, fue Pastor Limachi encaminado a su destino.

Una pálida mañaneja tata Cosme se presentó en el Seminario Conciliar con Pastuco, a quien tenía asido de una mano. El muchacho, con las vísceras ardiéndole de santa vocación, tenía la vista clavada en los mosaicos de la oficina del Rector del Seminario; parecía una desvaída mosca muerta en esa actitud cuasi seráfica, contrita, como si cargase en su espíritu todas las pesadumbres de la humanidad. De la mano derecha del muchacho pendía, balanceándose, una canastilla de paja atiborrada con algunos mudas de ropa. Estaba de tal manera abstraído que tata Cosme tuvo que apercibirle:

-Choy, Pastuco, ponete algo más alegre, porque con esa cara de entierro que traes, el reverendo Rector va a pensar que te hallas enfermo y entonces... ¡Adiós curator

-Bueno, padre -se limitó a balbucir el niño, aunque sin ánimo de prestar obediencia al sacerdote. Pensaba con un poco de morriña en los bulliciosos y soleados canchones de San Benito; en la mañanera algarabía de las muladas de los recueros; en aquel gran algibe donde navegar barquitos de popel tripulados por una legión de moscas, mientras las comadres del tambo fregaban la ropa sucia, azotándola contra las piedras del algibe, en tanto comentaba las novedades del barrio. Recordaba los partidos de fútbol con pelota de trapo y medias viejas, y las peleas entre los matoncitos incipientes de la región. Recordaba al cuartucho tiznado, con las paredes empapeladas con estampas y hojas de periódicos; en el ekeko familiar que rebosaba de juguetes, colgado por las axilas debajo de las repisa donde estaba la imagen de la Virgen de las Nieves. Se acordaba cómo aquella mañana, ni una hora hacía, mama Candicha, entre contrastada y jubilosa, habíale estrechado con ternura entre sus gruesos y blandos brazos cubriéndole la cara de besos y gimiendo por bajo...

La llegada del Rector interrumpió las meditaciones del niño.

-Buenos días os de Dios.

-Lo mismo digo, reverendo padre- fue la salutación entre ambos religiosos.

-¡Aja! Con que éste es el muchacho de quien habló vuestra Reverencia -pronunció el recién llegado, midiendo de un vistazo el desmedrado continente de nuestro héroe.

-Ya verá su Paternidad lo que haya que hacer con él: pues el Arzobispado no se ha opuesto, como usted sabe, a conceder la licencia necesaria para que principie el noviciado -repuso el clérigo.

-¡Muy bien! A ver, ¿cómo os llamáis? -pregunto el Rector a Pastuco.

El niño, sin responder, sonrió con sumo opería, luego atinó a ponerse de color ladrillo y a temblor como azogado.

-Pero, niño, ¿te has comido la lengua?

-Discúlpelo vuestra Reverencia, pero es el caso que el muchacho es algo tímido, pero ya se irá avisando con la familiaridad.

-¿Como te llamas? -volvió a preguntar el Rector, sin dar pábulo a los argumentos de tata Cosme, pensando que el nuevo seminarista no iba destinado a ser un nuevo San Alberto ni cosa que se le pareciese.

-Pastor Limachi -respondió, susurrante, el niño.

-Pues bien, Pastor Limachi, ¿quieres ser sacerdote?

-Sí, padre.

-¿Por qué quieres ser sacerdote?

-Porque amo a Dios sobre todas las cosas -respondió casi con desenvoltura, inspirado en las saludables digestiones del catecismo.

Tata Cosme lanzó un gruñido de aprobación. El Rector afirmó la montura de sus quevedos y ladeó la cabeza en signo de asentimiento.

-¿Conoces el Padre Nuestro, el Credo, la Salve, el Avemaría?

-Sí, padre.

-En historia sagrada, ¿cómo andas? ¿Dime quién era el rey Salomón?

-Un rey padre.

-Ya lo sé, ¿pero rey de qué?

-Rey de los judíos, padre.

-¡Rediez! -exclamó el Rector que era andaluz-. ¡Cabeza de chorlito! -Confundes a Jesús con el hijo de David...

-Sí, padre.

-Pero como casi es la misma cosa, con tu pan te lo comas, ¡zopenco! Bueno, pues aquí te quedas.

Tata Cosme, aliviado de esa cara de apoplético que empezaba a poner, con muchos melindros despidióse del Rector y dejó a Pastuco al amparo de los fríos claustros del Seminario.

Cuando se hubo cerrado la puerta de la Rectoría, el niño sintió que recorría su cuerpo un calorfrío de miedo, fue como si le hubieran quitado el badajo a la campana de su corazón.

Del interior del Seminario salía un murmullo de rezos. Pastor Limachi dentro del Seminario Conciliar atravesó la dificultosa expansión de la adolescencia. Encerrado tras de los muros del vasto edificio rodeado de jardines y arboledas, vivía toda la semana en espera del domingo en que le dejaban ir con su madre. Una vez en la casa, se desquitaba de sus pequeños sufrimientos, que los cargaba solo, sin contárselos jamás a su madre: las peleas con sus compañeros de curso, el hombre desproporcionada que le acometía cuando de ayunar se trataba, las dificultades para entender lo que enseñaban, la poco disimulada antipatía que le profesaba el maestro de latín, un español adiposo, lleno de ademanes de majo. Junto a mama Candicha, todo se iba como humo aventado. Bastaba verla un poco, sentada con un aplomo y una paz soberana, para sentirse seguro. Y comer lo que ella, con alma de artista, preparaba en la cocina. Alguna vez solía hallar a tata Cosme con quien se enredaba en interminables digresiones sobre la vida recoleta, sobre los milagros y cuantimás, sacando a colación lo que iba embuchando en las clases. Rememoraba la

primera confesión que le recibió el tata, y sus extrañas, delicadas impresiones de la primera comunión. A las cinco de la tarde volvía al Seminario, sosegado y en paz con su alma y su estómago.

Transcurrieron meses. Vino el primer examen y el joven desentrenado monaguillo, pudo vencer el curso. Después vino el más triste recuerdo de su vida: mama Candicha se enfermó de veras. Una pulmonía doble, casi de modo fulminante, la llevó a la tumba. Antes de morir la chola, luego de haber recibido los Sacramentos, pidió a tata Cosme que velara por el porvenir del niño; en el colchón, dentro de la apelmazada lana de los ángulos, hallaría tres calcetines viejos, llenos de billetes de banco. No tenía idea de la suma que había por todo: mas, sin duda, bastaba para sostener a Pastuco hasta que alcanzara una edad razonable. Tata Cosme, cerca del niño que gemía, aseguró a la moribunda que tal cual era su última voluntad, así se haría.

Murió, pues, Candelaria y el pobre Pastuco quedó solo en el mundo, sin más apoyo que de el tata Cosme. Regresó al Seminario y allí quedó varios años, hasta terminar los cursos. Fue tonsurado, en gran ceremonia, con otros seminaristas.

El trabajo y el estudio, fuera de los constantes deportes, le mantenían casto y ocupaban casi todo su tiempo. Los domingos se quedaba en el Seminario y dedicaba su tiempo al jardín, ora quedábase en la biblioteca, leyendo obras densas y concisas como capitulares, ora íbase al frontón y allí jugaba una partida tras otra de pelota de mano. Otras veces era el fútbol. Como no tenía quien le hiciera la ropa, solía a veces dedicarse, dedal y aguja en mano, a remendar las roturas de su vieja ropa.

Así pasaron los años. Nieves, vientos, veranos. Todo igual para el hastío del alma. Del seglar amarillo, estulto y tímido de un comienzo despuntó el futuro joven clérigo, lleno de potenciales virtudes y de anhelos. Soñaba abrir una senda en el mundo, ser el fundador de una Orden que devolviera el esplendor primitivo de la Iglesia, dentro de moldes americanos. Aunque, en el fondo, le conmovían la vida de los santos, de un Iñigo de Loyola, de un Francisco Xavier, de un Luis de Francia o de cualquier otro gran mariscal de la fe, él creía que podía ser igualmente grande enfrentándose con las dificultades religiosas de su país. Aunque el subconsciente le decía que podía ser santo a la boliviano, sin sacrificarse mucho. En las clases de elocuencia y de retórica, amaestrándose para el púlpito, improvisaba ardientes admoniciones y agresivos anatemas, cuyo motivo central era la vuelta a la militancia religioso, el retorno a los templarios, a la práctica ascética de las virtudes.

Si bien Pastor Limachi no era, por decirse así, una notabilidad, los reverendos padres profesores no dejaban de suponer que este futuro sacerdote podría, con tesón y voluntad, calar un poco en las descuajeringadas filas del clero nacional.

En fin, ya se vería después.

Al cabo de años, vencido el noviciado, luego de durísimo aprendizaje del cual quedaba apenas un tumulto de recuerdos, Pastor Limachi fue ordenado sacerdote del clero regular. Ofició su primera misa y dijo su primer sermón. Las cosas se realizaron tal como fueron previstas, sólo que el pobre tata Cosme Candela, que tanto había hecho por alimentar el fuego de la vocación en el ánimo de Pastor, no alcanzó ver coronado su propio esfuerzo, pues un día a su fatigado corazón se le rompió un aneurisma, como se rompe una cuerda en un charango demasiado tocado.

Flaca, sombría, inquietante, la singular figura del joven clérigo Pastor Limachi, doctor en teología y filosofía, en derecho canónico, entrenado salmista en latín, avisado lector de los Testamentos y de las obras de los seráficos Doctores, franqueó el umbral del mundo "In nómine Dómini".

Karina duerme, como todos los pueblitos de las provincias del altiplano, el derrotado sueño de las punas, más que sueño se diría que es un sopor, un letargo, en donde la energía de la vida trata de insurgir de una inercia parecida a la muerte.

Aunque Karina sólo figura en la geografía nacional como un punto perdido, como una mota apegada casi al perfil celeste del Titikaka, es, sin embargo, importante a su manera. Hacia allí se dirigen, como culebreantes radios, sinfín de senderos trazados sobre el seco polvo de la tierra por el paso constante de indios descalzos, que llevan productos a las ferias del jueves y domingo, o arrear recuas de pacientes borricos, o silenciosas tropas de llamas. También suelen ser marcados por el casco de los caballos y mulas, según sea el jinete, y según sea la dirección. Por ejemplo, cuando son senderos a los ayllus encajonados en la arisca altura de las peñas del alto páramo, la huella del casco es breve, liviana, retozona, y corresponde a las patitas del simplón y embrutecido sunicho, descendiente degenerado del fogoso caballo español y que tan venido a menos ha quedado por obra de los rigores puneños. Bien puede ser también la huella de la mulita mañosa; pero, si la huella honda, grande, con el ferrado signo del herraje, aquel sendero remota en alguna casa de hacienda, porque el patrón y el mayordomo gustan de lucirse ante las peonadas descalzas subidos en lo alto de un buen caballo siquiera cuarterón, aunque sea tuerto. Además, por la principal calle de Karina, la única con empedrado algo parejo, paso el camino troncal de la provincia, y no hay sábado ni lunes sin que algunos camiones, hediendo a gasolina, atraviesen el pueblo para recoger y traer pasajeros y carga.

Varios cerros sembrados de paja brava y yareta, enfermos del eterno sarpullido de las piedras, forman una maternal y abrigada medialuna, en cuyo centro se cobija Karina, como endeble cría de tan enormes moles.

Ni grandes recuerdos ni grandes hombres esmaltan el frontispicio de la historia parda del pueblo, solo hay memoria de un zapatero que viajó a enrolarse en el ejército, durante la invasión chilena al Litoral de Bolivia, dizque murió de pie en el Alto de la Alianza, atravesado por la bayoneta de un soldado chileno que, a su vez lo estaba por la bayoneta del boliviano. Cuando recogían a los heridos y daban sepultura a los muertos de tan heroica jornada, los camilleros vieron aquella macabra y gloriosa X, quedando memoria de aquello. Es posible, empero, que Karina hubiese procreado insignes varones y en ella hayan sucedido acontecimientos dignos del bronce, pero como no hay testimonio de ella, Karina no conoce hechos más significativos que el de la inmolación del ilustre zapatero en aras de la integridad nacional; hecho simbólico para un pueblo que, apesar de su muerte, se halla de pie.

Una ligera estadística daría cifras reveladoras acerca de la interesante estructura social del pueblo. A trescientos noventa y seis vecinos que totalizan la población, corresponden sesenta y tres cholos; el resto son indios semiurbanos, que vegetan bajo la ley municipal. El principal trabajo para los cholos y cholas consiste en hacer trabajar a los indios y en traficar con ellos vendiéndoles alcohol, coca, anilina, lienzos de algodón, ajiés, golosinas baratas y chucherías, o trocándoles dichas mercancías por pescados, productos agrícolas, aves de corral, ovejas, quesos o huevos. Para una chola, por caso, recoger quinientos huevos en una semana, era negocio digno de satisfacción, y vender dos o tres camisas de burdo lienzo, el tope de un negocio redondo, pues los indios son pobres de solemnidad y aunque desconocen las enseñanzas de San Francisco de Asís y las manuales de mortificación cristiano y de ascetismo hindú, han convenido en reconocer que el estado de gracia consiste en ser eternamente desgraciados, sin tener necesidades supérfluas, esfuerzos ambiciosos, a esperanzas terrestres. Empero, frente al tono gris de tal perspectiva, como el tierno verdor del lago en primavera, cuando los totorales remozan y el aire se torna blando como el limo de las orillas bajo la planta cansada de piedras y espinos, la paz rural esta estremecida por las palabras de! tata-cura, dueño y señor verdadero de la enorme masa de indios que desde los riscos cordilleranos y las planicies aledañas, vienen a fiarse en el demiurgo.

El tata-cura de Karina ya estaba viejo y a pesar de que aún era capaz de montar en mula y recorrer luengas leguas para acudir al llamado de los alfereces que celebraban fiestas patronales, se advertía que cada mes que pasaba iba en aumento la gordura de este Falstaff con

sotanas, y se temía por ello que en alguno de sus viajes, ya no se le vería retornar como de costumbre, subido a horcajadas en su vieja cabalgadura, entrando, semi-dormido por la ebriedad, por la puerta levantina; sino que llegaría acostado en una manta que sujetasen en vilo acólitos e indios. En una palabra que era posible suponer que las elásticas arterias del corta cuello, se hinchasen demasiado provocando una embolia que acabase por un ataque al corazón o a la cabeza. Por eso que un grupo de discretos karineños, obrando con cautelosa cordura, viajó a La Paz a pedir un nuevo párroco.

A la sazón el flamante reverendo Pastor Limachi, pasaba sus días como capellán de una rica familia y como cura suplente de la parroquia de la iglesia de las Mercedes Ganaba muy escasa pecunia, de modo que su vivir era apretado y nunca tenía dinero bastante para comprarse siquiera una nueva sotana, aunque fuera de lustrina de mala calidad. El jefe de la rica familia era un Coronel desopilante tan enérgico de carácter como escaso de sesos, amén de politiquero de poco monta, y supo por una casualidad lo de la vacancia de la parroquia de Karina, y sin consultarlo con nadie fue al Arzobispado para proponer el nombre de su capellán. Le ayudó la oportunidad, porque de inmediato se extendió el nombramiento respectivo en el Ministerio de Culto. De vuelta a su casa el Coronel comunicó a los suyos la noticia, recomendándoles estar punto en boca hasta el próximo jueves. Aquel día el padre Limachi iría a officiar en la capilla familiar y, al desayuno, le sorprenderían con la novedad. Y así fue. El jueves, terminada la misa, toda la familia pasó al comedor a desayunarse con chocolate, empanadas caseras, queso de oveja, mantequilla y tostadas. El padre Limachi, silencioso y meditativo, tomó su chocolate, pellizó un trozo de queso, masticó un exiguo bocadito de empanadas y cuando todos hubieron terminado, el Coronel se levantó de su asiento. Iba a imitarle el capellán, mas la señora a coro con sus dos hijas mayores y ante la risueña expectativa de los cuatro vástagos restantes, dijo:

-¡No, padre Pastor, es una sorpresa para usted!

-¿Para mí? -respondió el aludido.

-Sí, para usted, tata Limachi -repuso el Coronel, con gran prosopopeya y en actitud de tribuno. Y con escasas circunloquios le dió cuenta del nombramiento que había logrado del Arzobispado.

-¡Oh, mi Coronel, es demasiada bondad la suya! ¿Cómo podré pagarle?

-No es nada, nada, padrecito -dijo la señora-: el Coronel sabrá que usted necesitaba una parroquia. Es usted joven, virtuoso, y nuestro país necesita renovar su clero. Los indios necesitan párrocos jóvenes para mejorar sus costumbres y combatir su ignorancia.

-Sí, querido tata Limachi -añadió el Coronel- el clero nacional debe renovarse en bien del interés boliviano. Gran parte de los tatas de provincias son una cáfila de sinvergüenzas... Karina, por lo demás, es un pueblo muy bonito y allí los indios son despiertos y fuertes, como he podido ver por los reclutas que vienen al cuartel cada año. Usted se encontrará muy bien...

Tata Limachi abrió la boca dejando ver dos hileras de dientes un poco amarillentos y dijo, convencido:

-Sí, es verdad, lastimosamente. Hay que renovar nuestro clero. Y aunque me dá mucha pena abandonar esta casa de tan excelentes católicos, creo que no hay que oponerse a los designios de Dios. Está en El que me vaya a predicar su Evangelio en una parroquia, y así se hará su Divina voluntad.

El Coronel mandó descorchar una botella de oporto y aunque era todavía muy de mañana, propuso celebrar con un brindis el feliz acontecimiento. Bebieron ambos esposos y tata Limachi.

De esta manera tata Limachi encontró la senda abierta.

* * *

Diez días después estaba listo para viajar a Karina. Visitó al Ilustrísimo Monseñor Arzobispo para agradecerle la designación y, luego, tomó pasaje en un camión y al clarear la mañana de un alegre día de diciembre, abandonó la ciudad de La Paz, rumbo al áspero altiplano que bullía tendido en las dilatadas extensiones que se ensanchan desde la ceja de los barrancos paceños.

Había teleografiado a Karina, de suerte que el pueblo estaba de fiesta y los más destacados vecinos, encabezados por el párroco cesante, Reverendo Crispín Rojas, vestidos con sus mejores galas, formaban el Comité de recepción. La indiada, que ya fue convocada por los Alcaldes de Campo, pardeaba en la plaza fronteriza a la iglesia. Dos bandas de música atronaban el espacio con el sonido de instrumentos de viento y de retumbantes tambores.

Cerca de las once de la mañana llegó el camión atestado de viajeros y se detuvo en plena plaza pública. Millares de indios le rodearon. Las bandas desentonaron, estrepitosamente, "La Marsellesa"; repicaron las campanas; estallaron millares de coheteros y el Comité de recepción, venciendo apenas aquella compacta barrera de carne humana, se allegó donde tata Limachi, recién salido de la cabina del camión, trataba de sacudirse el polvo del viaje y desarrugar la deslucida sotana; pero no lo dejaron hacer y, en avalancha empezando por tata Rojas y terminando en el más infeliz sochantre de pata pelado, abrazaron al recién llegado, dándole en el rostro precisamente tufaradas que no olían a rosas. Se presentó el Corregidor seguido de su esposa, una chola de ojos verdes y crenchas negras, todo sofocada; el Alcalde Municipal, con un séquito de hijos, el telegrafista, el profesor, el boticario y otros muchos personajes de relieve. Había de todo, desde el anciano bonachón, lleno de rústica bonhomía, hasta el canalla del pueblo, cuya historia parrandera se mezclaba con presuntos atentados al honor, a la hacienda y la temperancia del burgo y era motivo de zozobra para el romanticismo de las solteras sin esperanza. Desde el recio sujeto, casi se diría tallado en madera de quebracho, hasta el enclenque profesor, cuyos ayunos le valdrían el cielo, como decía el anciano tata Rojas. Además, numerosas birlochas y cholitas, algunas de edad de merecer, andaban medrando por allí, arriscándose para lograr lugar junto al nuevo párroco.

Después, cuando hubo conocido a todos, con andar sereno apartose del camión que iba en ese momento a seguir viaje, y se encaminó a la iglesia para rezar en acción de gracias. La masa de indios a su paso se apartaba como hendida por invisible quilla. Tras de tata Limachi iba el cortejo, a su costado su antecesor y más allá las bandas de música.

El indio campanero, Cuasimodo ladino, semi-eunuco del tembloroso serrallo de imillas que aprendían en la parroquia deberes antes de casarse, apenas columbró desde su atalaya que tata Limachi franqueaba el arco fronterizo al atrio de la iglesia, se dió a descabrar la concavidad sonora de las cuatro campanas, armando uno batahola más grande que la que levantaban las bandas.

En el umbral de la iglesia se detuvo el nuevo párroco; quitóse el negro sombrero de fieltro, y antes de avanzar un paso más por aquel futuro dominio hincó las magras rodillas contra las piedras y ora con sincera devoción, fijando la vista al interior de la iglesia donde escintilaban numerosas velas, que iluminaban la penumbra. La gran masa, ateniéndose al gesto del párroco, también se arrodilló sobre la tierra. Sólo cuando tata Limachi se alzó, pálido, hesitante, y dándose vuelta con gran gesto pontifical bendijo a su grey, la masa humana volvió a la posición vertical.

Era la iglesia de Karina una típica construcción colonial. El techo, alto, sin cielo raso, dejaba ver la urdimbre del maderamen desnudo, lleno de telarañas que alternaban con los descoloridos restos de hileras de popel de colores y cordones de banderitas de trapo, que estaban allí desde la última fiesta local. Los muros espesos, revocados sin maestría y con tristes huellas de

humedad formando estrambóticas cartas geográficas, tenían dos pobres ventanucos trapezoidales en los que, en vez de vidrios, estaban opacas planchas de berenguela. A lo largo, la Vía Crucis, impresa en barata litografía, en rústicos marcos de madera sin lustrar rematados encima por una cruz. El altar era bonito: al centro un Crucifijo antiguo, con su Cristo doblegado y sangriento, cuyos ojos tenían la atormentada dulzura de los de las vicuñas; sobre su cabeza el halo enorme, de plata, con grandes rayos adornados de piedras falsas. En las hornacinas laterales, la Virgen María y el apóstol Santiago, ecuestre en el blanco caballito encabritado. Ambas figuras eran industria de los devotos imagineros indios. Pero lo más interesante era el retablo y el tabernáculo, burilados en plata maciza, con adornos donde la espiga y la vid juntábanse a la kantuta y el cactu, la hostia a los símbolos paganos del sol y de la luna.

Encima de la puerta del baptisterio, situada a un costado del altar, frente a la sacristía, anónimo óleo secular, de grandes proporciones, representaba las tentaciones de San Antonio, y al frente otra cuadro también anónimo con una escena de la batalla de Lepanto y que estaba allí sólo porque en el palo mayor de la nave capitana, en cuyo puente se veían un armamento gerifalte que debía ser sin duda don Juan de Austria, estaba la imagen de la Virgen, seguramente como simbolizando su amparo a la acción de la cristiandad contra los infieles.

Fuera de dos candelabros de plata y un alto escaño de roble, cuyo espaldar tenía interesantes detalles, en la iglesia no había cosa de mayor valor. Una alfombra de totora trenzada, obsequio anual de los indios pescadores del lago, suplía a bancos y reclinatorios, y una tarima cuadrada, rodeada por desvencijada baranda, hacía las veces de púlpito.

Pronto se llenó de bote en bote la iglesia. Había que dirigir el primer sermón y efectuar una simbólica ceremonia de transmisión de poderes. Los dos tata-curas entraron en la sacristía y de allí salieron vestidos con alba y estola.

El tata Crispín Rojas, con harto esfuerzo de su aventajada humanidad, subió al púlpito y desde allí, en aymara carrasposo y nasal, exhortó a los fieles:

-Hijos míos -dijo el tata- el Ilustrísimo Arzobispo de Chuquiago, velando por sus hijos de este pueblo, ha enviado un nuevo párroco, porque ya estoy muy viejo y la prudencia aconseja que me vaya a descansar. Treinta años he estado a vuestro lado y os conozco como si os hubiera pasado! Sé cuantos sois y qué sois. Con mi dedo he marcado la crisma de vuestros hijos, con mis manos os he bendecido y absuelto, con mi verbo os he conducido a través de los pecados y las acechanzas de Supay, como Moisés condujo a su pueblo desde el Sinaí hasta la tierra prometida.

Los indios, cabizbajos, escuchaban al tata. Alguna que otra india lloriqueaba por lo bajo y en un rincón una guagua empezó a berrear hasta que su madre le dio el pecho.

-Pero con mucha pena -prosiguió tata Rojas -advierto que cada vez estáis más flojos, más ladrones, más avarientos, más mentirosos. Antes de ahora se atendía al párroco con mas largueza y caridad; ahora, que la vida ha subido tanto, la religión también necesita vivir. ¿Por qué, digo yo, ya no traen a la casa cural las gallinitas, los pescaditos, los huevitos, los caponcitos, las ovejitas, los quesitos que antes traían? ¡Estamos pobres!, responden. ¿Y yo, qué diré? ¡Treinta años estoy aquí! ¿Qué me llevo? ¡La miseria negra!

Entre algunos vecinos socarrones comentaban en voz baja. "Que tata mas latero; si dicen que compró unos terrenos y una casita con la plata que ha ganado".

-El reverendo padre Pastor Limachi, mi sucesor, es joven, inteligente, de corazón bondadoso, y empieza su sacrificada misión. ¡Yo os exhorto, hijos míos, a que no le dejéis como a mí! Pero si así fuera, ya veréis cómo el castigo divino descende como el rayo de las nubes, para traer la sequía, la peste, la enfermedad, la pobreza, la muerte de vosotros, ¡almas de cántaro, almas de piedra, malos cristianos! Sin embargo, sin rencores, yo os digo: Me voy con pena y

aunque me habéis hecho sufrir y suspendido muchas fiestas religiosas, os tendré presentes a todos en mis plegarias.

Hizo la señal de la cruz y bajó del púlpito. Para los indios carecía de interés, ciertamente, el sermón de tata Rojas, pues le conocían demasiado. A quien deseaban oír era al nuevo tata, cuya presencia un poco espantadiza, amarilla de ayunos y maceraciones, les causaba insólita preocupación. Acaso sería un santo varón, acaso un padre espiritual del que podrían fiarse.

Limachi se encaramó con dificultad en el púlpito. Reinaba el silencio. Apoyó ambas manos en la baranda, pero como andaba floja y osciló al contacto, las retiró de inmediato. Levantando la mirada al techo, con gesto místico y ademan retórico aprendió en los tantos sermones de cuaresma de los oradores sagrados abrió los brazos como quien invoca a la divinidad y exclamó en claro castellano:

-Amados hermanos míos: Yo he venido aquí a servirlos, a ser vuestro abogado ante el Señor, a interceder por vosotros ante Dios. Nada os tengo que pedir, pues sólo he venido a dar. A las almas desconsoladas, consuelo. A los pecadores, perdón y arrepentimiento. A los extraviados, consejo. A los pobres, limosna. Pan a los hambrientos; agua a los sedientos; saber a quien no sabe; ropa al desnudo; consuelo al oprimido. Porque de los bienaventurados es el reino de cielos, como está escrito. ¿Qué puedo pedir yo de vosotros? ¡Fe! ¿Qué puedo pedir yo de vosotros? ¡Caridad! ¿Qué puedo pedir yo de vosotros? ¡Esperanza! Porque con la fe, la caridad y la esperanza se gana el cielo.

Los indios no le entendían, pero su voz sonora, joven y fresco, que aumentaba de volumen de tanto en tanto, les mantenía despiertos. Quienes comprendían eran los cholos, y estaban un sí es no es alarmado. ¿Qué clase de este tata era éste cuyas ideas eran tan peligrosas?

Tata Limachi, atracado de manera poco saludable con el programa de estudios eclesiásticos, hizo gala de conocimiento y elocuencia. Se le vino a mientes Bossuet y se largó a pellizcar la memoria de los Santos Padres, y de los nombres amontonados en el laberinto de su cabeza. Pasaron Aristóteles y Averroes, Pascal y San Alberto, Luis Casas y Fray Bernardino de Cárdenas, y otros nombres más, y sin hilar ni grueso ni delgado, espectó en veinte minutos un sermón sobre la naturaleza de Dios, lleno de tan sutiles cuestiones teológicas, que a la postre él mismo se perdió en la maraña, como una hormiga en la hierba. Al fin, con un sonora latinajo, terminó su primer sermón.

La gente estaba impresionada y salía de la iglesia comentando de modo singular las luces del nuevo párroco. Algunos pasaron al interior de la casa cural donde se efectuaría el almuerzo que ofrecía el tata Rojas en honor de su sucesor. Los indios, entre tanto, bailaban y bebían frente al atrio y en la plaza. Era un verdadero día de fiesta.

La mesa había sido puesta bajo el techo del amplio corredor de la casa cural y sobre el blanco mantel de algodón, veíanse los platos y cubiertos, el pan y el queso y, ante todo, el batallón de botellas de cerveza. Una espontánea y nutrida servidumbre se afanaba entrando y saliendo por la cocina situada en el interior, junto al corral. Cuando los dos tata-curas, mudados de ropa, salieron de la sacristía por una puerta que daba al patio de la casa, la gente que esperaba se agrupó en torno a ellos. Miraban al tata Limachi con ojos escrutadores y risueños. ¿De modo que este curita flaco, jetón, de pelo ríspido donde luchaba la tonsura para no desaparecer, de ojos sigilosos, que no miraban de frente, iba a dirigir con su guía espiritual a Karina y sus alrededores? ¡No lo creían! ¡De dónde no más iba a ser como tata Rojas, tan hombrazo para el trago, para las de polleras y los naipes! Bastaba mirarle el aire compungido, preñado de hipocresía, para darse cuenta de que éste había tomado muy en serio su misión.

En redondas, lustrosas charolas de metal, trajeron la primera andanada de cocktails, eran los famosos yungueños preparados con jugo de naranja, un poco de azúcar y pisco puro de uva. Todos brindaron y aunque tata Limachi se negó terminantemente a beber, y pidió en reemplazo

una limonada, la cholita Mercedes, tan modosita y coqueta, le instó con muchos dengues a que lo hiciera.

-¿Y nos va despreciar apenas de llegado, padre Pastorcito? -exclamó la chola.

-No, hija, es que yo no debo beber: mi deber es no beber.

-¡Oh! Una copita no más, unita sola. Pa abrir el de apetito siquiera.

El tata Rojas intervino:

Vea usted, padre Limachi, no empiece de esa manera porque ha de acabar por resentir a medio mundo. Y no quisiera yo que ni siquiera resienta a la Michi, tan buena moza y jovencita como es... -dijo palmeándole cariñosamente las rosadas y saludables mejillas de Mercedes.

-Bueno, beberé ps a la salud de ustedes... ¡Salud!

Todos empinaron el codo para apurar el brebaje y dejaron vacías las copas; pero sin que nadie lo haya pedido, el Corregidor apareció con una jarra de loza llena de cocktail y empezó por tata Limachi a llenar las copas, mas éste, de modo rotundo, se negó a acceder. De nuevo insistieron y hubo de libar otra copa. Empero, no había terminado aún de acabar el segundo trago, cuando en una bandeja trajeron dos jarras más de cocktail preparado. Este era de color rojizo. Tata, Limachi, al que el viaje y la debilidad le tenían fatigado, sintió que el alcohol se le iba a la cabeza. Pidió que le excusaran y seguido del Alcalde, desapareció por el zaguán camino del corral. Allí demoró lo bastante para hurtarse a los cuatro nuevos brindis consecutivos que hubieron antes de sentarse a la mesa.

Tata Limachi y tata Rojas ocuparon el centro de la mesa, y mientras las comensales se anudaban las servilletas al cuello, empezaron a abrir las botellas de espumante cerveza y a traer la entrada que era de palta, lechuga y menudos de ave bañados en mayonesa. Un momento no se escuchó más que el ruido de cubiertos y una que otra rústica masticación isócrona. Al cabo, todos bebieron un sorbo de cerveza "para aceitar el garguero", en medio de un rumor de "¡salud!". Luego trajeron el primero, o sea un poderoso chupe de camarones, con papas, queso, huevos, maní molido, todo nadando en un caldo fragante y cáustico, al que hicieron los honores en menos de lo que canta un gallo. Pero tata Limachi, habituado a la privación, apenas tomó unas cucharadas de caldo y un bocado de camarones. Luego vinieron costillas de cerdo fritas a la sartén, adornadas con chuños dorados, a las que dieron cuenta untándolos con "jallpahuaica". En seguida vino el tercer plato: unos picantes monumentales, que rebosaban de color. Tenían "todo de todo", es decir, las casas clásicas del picante boliviano desde la "sajta" de pecho de gallina preparado con picante amarillo hasta el conejo aderezado con ají colorado, pasando, naturalmente, por el ají de lengua, la tortilla de papas, el chuño rebosado con queso y huevo, la "rangaranga" de panza, las tuntas con queso y chalona con queso y chalona con ají amarillo; todo ello en porciones separadas en el plato, y adornado con una salsa cruda de cebollas, locotos y tomates. A la vista de tan morrocotudo y copioso plato, tata Limachi se animo y con regalo dióse a imitar el envidiable apetito de sus vecinos, en particular del padre Rojas, cuyas incansables mandíbulas dieron fin a aquel monumento culinario, capaz de saciar a cualquiera, y se aprestaron a la repetición. Limachi, no había terminado su vaso de cerveza de modo que, fuera de los cock-tails, sólo probó dos sorbos y se conservaba sobrio, correctamente empaquetado en su papel de jefe de almas. Aunque los ánimos estaban predispuestos y el buen humor circulaba por la sangre recalentada por el alcohol, el aire, azás sacerdotal de tata Limachi, los cohibía a todos. En verdad este curita silencioso y humilde sin ostentación, prometía meter en vereda a los cristianos mas acomodaticios.

El almuerzo, al parecer, iba a terminar con el café yungueño; ya no se quedarían en la casa cural a jugar sapo, naipes o pinta, como lo hacían con tata Rojas; ya no escucharían con satisfacción echar ajos y cebollas o contar cuentos verdes al tata cura. Este curita advenedizo, predicaría contra todo lo bueno que tiene el mundo y, por ese camino, se moriría de hambre.

Como ya se esperaba, se levantó la mesa tras del café, nada de brindis con discursos donde la lógica y el castellano hacían zetas; nada de abrazos gimoteantes. Una seca y resbalosa pared se interponía entre ellos y tata Limachi, ¡peor para él!

Todos, medio achispados, aunque respetuosos, se despidieron y se retiraron a sus casas. Eran las cuatro de la tarde. Los indios, en la plaza también iban despejando rumbo a las fincas y los ayllus.

En la casa cural tata Rojas, un tanto beodo, se encerró en sus habitaciones después de entregar a tata Limachi el llavero de las suyas. Y mientras el primero dormía a pierna suelta, el otro, arrodillado frente a un Cristo de pared, rezaba pidiendo fuerza de ánimo para comenzar bien la vida en la parroquia. Después, ayudado por el indio sacristán, abrió sus maletas y arregló sus cosas en el viejo ropero y en la cómoda. En aquellos menesteres le sorprendió la noche.

A las siete vino tata Rojas a buscarlo para la comida, y juntos marcharon al comedor. De entrada, tata Rojas, le dijo:

-Vea usted, padre Limachi, no quiero que se sorprenda, pero conmigo viven varios sobrinitos a quienes educo, y mi comadre Manuela, es la que me hace de ama de casa.

En efecto, en el comedorcillo compuesto de un aparador antiguo, una mesa sobada por el tiempo, once sillas con asiento de mimbre y una consola con pata quebrada, estaban esperando cuatro chiquillos, todos de doce años para abajo. Y en un extremo, lista con la sopera abierta y el cucharón por el mango, aguardaba la comadre Manuela, cuyo parecido con los chicos, amén de algunos detalles físicos donde los ojos perversos hallarían vestigios del tata Rojas. Pero Limachi no pensó mal y recibió las cosas como vinieron.

Tomaron asiento y mientras los niños devoraban en silencio su pitanza, empezaron a charlar.

-No tengo la menor intención de inmiscuirme en cuestiones tuyas, padre Limachi, pero si usted me permite, le daré unos cuantos consejos para que no tenga muchas dificultades en el ejercicio en Karina -dijo, resollando, tata Rojas-. Pasada mañana me voy a La Paz, así que es mejor que vaya adelantando a usted mis ideas.

-No faltaba más -repuso tata Limachi-, le agradezco su buena voluntad y todo lo que pueda enseñarme será aprendido en servicio de Nuestro Señor.

La comadre comenzó a servir la sopa a los cuatro críos, tiesos en sus asientos, sin atreverse a pronunciar palabra, asistían a la conversación; después quedaron abstraídos y soñolientos.

-En primer lugar, dijo tata Rojas, esas zarandajas que se aprenden en el Seminario, no le van a servir aquí para nada. ¿Usted, cree que la ascética puede hacerle un santo? Bastante renunciamiento es el que uno realiza viniendo a pudrirse en estos pueblos polvorientos, llenos de indios cerrados, con un sueldo miserable que nunca le pagan si no lo reclama.

-¡Por Dios, padre Rojas, había sido usted muy pesimista!

-¡No se haga ilusiones! Yo también, hace cuarenta años, era como usted. Estaba con el alma dispuesta a todo sacrificio, tenía vocación para fraile, me atraía la vida contemplativa, esperaba ser un San Francisco Xavier, un San Vicente o por lo menos un San Benito... ¡Qué se yo! Ahora, ve usted, la experiencia me ha enseñado más que ocho años de Seminario.

Mientras hablaban los dos clérigos, iban tomando con parsimonia la sopa. La comadre cambió los platos y trajo un ají de conejo con papas.

-Pero nuestra misión es sagrada y debemos sacrificarle la comodidad y tranquilidad personal, ¿qué sería sino, el porvenir del catolicismo! ¿Qué sería de la Iglesia si todos pensarán como usted! -apuntó tata Limachi.

-Eso es muy bueno para decir, pero malo para hacer. Los indios, que son los principales fieles de Karina, sólo creen en Dios en la medida en que es malo y se ensaña con ellos. Si fuera un Dios pura bondad, que les diera Jauja en cambio de una vela, se reirían de Él. No creen, porque no comprenden, los santos misterios de la religión. Son paganos en toda la extensión de la palabra. Adoran las "huacas" y las piedras; creen en el poder de las "chullpas". No adoran las imágenes cristianas por las ideas espirituales que éstas representan, sino por los poderes mágicos que atribuyen a cada una. Para ellos todo es casi una sola cosa. Mezclan sus antiguos ritos con los nuestros; confunden sus dioses seculares con nuestros santos. Cristo es Viracocha, la Virgen María, la Pachamama, la Magdalena es la "Chaska", o sea la estrella Venus, y así sucesivamente. Un apóstol Santiago, por ejemplo, les causa temor, tanto porque es soldado de a caballo, como porque les trae un vago recuerdo de la conquista española. A San Antonio le prefieren por muchas cosas, y cuanto más viejo y sobada es la imagen, más poderes tiene. Aman al estuco de la figura, le rezan y ofrendan velas, misas y alimentos. Pero si no logran lo que le piden, le castigan poniéndole boca abajo o le pinchan con agujas... ¡son unos bárbaros!!

No les atormenta la salvación de su alma, sino el estado de sus sembradíos, la salud de sus animales, la situación atmosférica contraria a sus expectativas agrarias. Cuando se meten en un pleito, vienen a pedir la muerte de la otra parte en querrela. Realizan sus fiestas religiosas para embriagarse hasta la inconciencia, para descargarse en sus borracheras del peso de sus instintos reprimidos, pues en las fiestas religiosas es cuando hay más estupro, incestos, violaciones entre los indios.

Nuestro poder, a veces, padre Limachi, es más pequeño que el del yatiri. El brujo es más poderoso que nosotros, pues el indio acude a él con más frecuencia que a la iglesia. Hace y deshace a su regalado gusto. Si para algo debería restablecerse la Inquisición es para los brujos, pues ellos son la causa del salvajismo de los indios, ¿oye usted que se ha cometido un horrible crimen, en que descuartizan a un hombre? Busque un poco los orígenes, investigue, y hallará la inspiración del brujo, la cizaña del brujo, el consejo del brujo. Se castiga a unos cuantos indios embrutecidos, pero jamás al brujo que les ha movido al crimen. Porque cuando los indios declaran, en los procesos penales, ocultan cuidadosamente al brujo todopoderoso y temible... ¡tan grande es el temor que les causa sus presuntos poderes!

Tata Limachi escuchaba atento, con la vista baja, sorprendido cada vez más por aquellos argumentos y revelaciones. Tata Rojas hacía pausas para llevarse bocados de conejo que masticaba mientras hablaba.

-El Ilustrísimo Monseñor Arzobispo no conoce estas cosas, como no las conoce ningún sacerdote ciudadano, pues allí todos son unos curas pitucos y no saben lo que es fregarse entre estos indios piojosos, tratando en vano de meterles la religión.

-Pero para eso estamos hechos nosotros -se atrevió a decir Limachi-, somos los adelantados de la fe, los soldados de la religión.

-Bonitas frases y, ¡muy candidas! Que pasen algunos meses y ya verá. Primero se ha de defender usted con sus libros, con las oraciones, con el breviario; madrugará usted de firme y pasará su tiempo rogando a Dios. Pero, luego, comprobará que tiene que vivir, que debe comer, vestirse y matar el infinito aburrimiento de estas soledades sin remedio: ahí es cuando se pondrá a prueba. La juventud le hierve en la sangre y pelagra su castidad. El alma, temblorosa de anhelos, necesita compartir la intimidad de la vida, y de nuevo pelagra su castidad. De pronto, sin saber como, un día

usted ya no es un cura, es usted un hombre. No se detenga mucho cuando lo reconozca, porque el pueblo está acostumbrado y espera que haga, precisamente, lo que usted no quiere hacer.

El adiposo párroco se detuvo, como quien espera medir el resultado de sus palabras, pero como Limachi segura callado, prosiguió:

-Los indios son los que más ayudan a sostener la parroquia, pues no hay vínculos eclesiásticos en Karina. Fuera de la Iglesia, esta casa cural, los corrales y cuanto mueble ve, con excepción de los míos, todo con forme a inventario, no hay otros bienes. Pero hay casamientos, bautizos, fiestas, entierros, etc. No baje usted las tarifas, porque entonces todo lo querrán gratis. No se encierre usted. Salga a buscar a la gente. Vaya a caballo por los ayllus. Invente usted milagros. Ayude a los patrones para dominar y hacer trabajar a la indiada. ¡No sea usted, tata Limachi, un idealista!

En este punto, cortando la cínica perorata de tata Rojas, trajeron el café. Se retiraron, dando las buenas noches, los niños, y quedaron solos ambos curas. Tata Rojas pitaba un cigarrillo de tabaco fuerte. Siguieron platicando hasta bien entrada la noche, sobre las modalidades de la gente del vecindario, el precio de los servicios religiosos, la riqueza de tal o cual comunidad, y luego se retiraron a descansar.

Aquella noche tata Limachi no durmió. La excitación del viaje, las palabras del tata Rojas, las insinuaciones de la cholita Mercedes, el chocante colorido de la muchedumbre, sus propios pensamientos que le impulsaban a hacer obra religiosa en la parroquia, formaba torbellino en su cabeza. Sentado en el lecho, a la luz de una vela de cera, estuvo meditando, conmovido. Abrió el breviario y rezó hasta que sus párpados se pusieron pesados. Sopló la vela y envuelto en las frazadas, temblando de frío, mientras afuera se escuchaba el feroz pulmonazo del viento del lago, trató de dormir. Sólo al empezar el alba pudo realizar su propósito. La almohada estuvo humedecida por el llanto.

Dos días después tata Rojas, junto con la comadre Manuela y los numerosos sobrinos, se embarcó en un camión que iba a la capital. Iban con él todos los muebles, trastos y petacas de su pertenencia. Un considerable grupo de vecinos le despidió en la plaza.

Desde aquel instante tata Limachi se sintió lleno de responsabilidad y verdadero eje de la parroquia.

En un principio chocó de frente con los contratiempos de la casa. No tenía criados, excepto el sacristán que vivía lejos de la iglesia, en un rancho de las afueras. Necesitaba, pues, quien le hiciera la comida, le lavara la ropa, le arreglara la casa. Por último sin meditarlo mucho, se encaminó a la casa de la chola Mercedes y le expuso la situación. En la tarde de aquel mismo día una vieja india lerda, pero llena de buena disposición, fue a la casa cural a presentarse para servir de cocinera, enviada por la Mercedes. De inmediato fue contratada, ella lavaría, además, la ropa del cura.

La vida en Karina era de plomo: pesada, gris, fatigosa. El tiempo estaba como paralizado en los relojes. La murria debida a la poca actividad llenaba el alma de moho y hurañez.

Tata Limachi, tal como su antecesor le había advertido, luego de madrugar decía sus oraciones matinales, oficiaba misa a las siete con la concurrencia de algunos indios y vecinos piadosos. De allí se retiraba a sus habitaciones donde leía y estudiaba en algunos textos que llevó consigo. Exacta, a las doce, estaba la mesa servida. Almorzaba solo frugalmente y al terminar solía ir a dar unas vueltas por la plaza desierto. Se le acercaban algún día para la bendición, otras veces le saludaban respetuosamente desde las puertas de las tenduchas abiertas. Después del paseo tornaba a la casa para enfrascarse en la lectura y en edificantes meditaciones. A veces le solicitaba un feligrés que iba en demanda de asistencia religiosa. Tomaba a las cuatro una taza de café con leche con rebanadas de pan y, en seguida, cansado de leer, sentábase en una antigua

silla mecedora con asientos de mimbre y allí, en cómodo vaivén, quedaba dormitando, con la imaginación perdida. Cenaba temprano y se acostaba a las ocho, para madrugar.

Así transcurrieron varias semanas. Una sensación de derrota iba ganándole poco a poco, cundía en su espíritu la intranquilidad. ¿Dé que servían los sermones preparados con trabajo, con fe y amor, si los domingos en que los pronunciaba, la gente le entendía apenas? Y esa vida casta, lejos del mundanal ruido, ¿de qué?

El joven clérigo, ilusionado con el futuro, advertía cómo la excesiva paz, la asfixiante tranquilidad, iba abriéndole camino al maligno, para precipitarle en el caos. Consiguió un caballo mal herrado y viejo y marchó por los alrededores, en compañía del sacristán. Las campiñas desiertas, batidas por el viento y el polvo, le enervaban. ¿Qué sentido tenía su vida, así perdida en la gris inmensidad de las punas?

Un día de súbito, del confesonario brotó la llamarada que le contagia. Escuchaba, sin serenidad, la teoría del pecado. Inquiría con una lasciva avidez sobre los detalles de la experiencia de hombres y mujeres, y era generoso en su absolución. Pero ¿acaso aquello, dulce sueño del lodo silencioso y venal de la carne era capaz de cerrar las puertas del cielo? ¿Acaso el ser humano al entregarse a la pasión, al liberar al instinto de las cadenas religiosas y morales para atender la exigencia de la naturaleza, cometía un pecado contra Dios?

Tata Limachi, turbado y violento en la solitaria indolencia de su vida, extremaba el ayuno, leía más, oraba más, sufría más. ¡Quería ser fiel al renunciamiento que se había impuesto, pero sus vísceras, sus huesos, su sangre alterada y robusta de cholo, pedían una atención compasiva. ¿Qué podía él contra todo aquello donde la voluntad naufragante se replegaba? La paz huyó de su pecho. Sueños eróticos le acometían como rabiosas jaurías del demonio. Ya no se sintió grande en su soledad, sino pequeño y desvalido, incapaz para enfrentar la sangrienta marea.

Al último busco a la gente del pueblo. Se interesó por sus problemas íntimos y trató de aconsejarles, buscando el mismo, sin saberlo, consejo. Este contacto directo le permitió sobrellevar con mayor serenidad su aislamiento. Empezaron a menudear las invitaciones a tata Limachi, quien ya no tenía empacho de acudir a ellas; unas veces era para comer picantes, otras para tomar, al sol del mediodía, cocktails y cerveza, mientras se jugaba al sapo. Otras para disponer, después del almuerzo, partidas de poker ó rocambor que se prolongaban hasta la noche. En estas reuniones los vecinos solían acicatear el celibato del párroco, diciéndole chistes llenos de intención.

-Yo se, padre Pastorcito, decíale el Alcalde, de una cholita que se muere por servir en la casa cural. ¡Ay! quién fuera cura para saber lo bien que ella cocina...

-Y, ¿quién es?

-Vaya: cualquiera que no sea usted ya lo habría notado.

-Avíseme, pues, quién es.

-La Michi, padre, ¡la Michi!

El cura, sonrojado, no volvía a preguntar. Se enfrascaba en el juego, cada vez con mayor distracción. En el abismo, abiertas las alas sombrías, el pecado de la lujuria temblaba sobre el fuego. El pobre Limachi, apenas desbastado por la vida del Seminario, estaba casi indefenso frente a él. Al regresar a la casa cural a la luz de una linterna sorda, pasaba de intento cerca de la tienda de la chola Mercedes. A veces estaba ella a la puerta, conversando con alguna amiga, otras veces la tienda estaba cerrada pero con luz por dentro. Solía saludar, a la chola de lejos, porque la timidez no le dejaba entablar un coloquio. Sólo cuando estaba en la casa cural, lejos de toda mirada, desnudo en su lecho de castidad, protestaba un poco por no haber cedido un poco a la tentación

Al fin llegó el día en que tata Limachi, perdida la noción de lo que era, se arriesgó a franquear el umbral de la carne.

Era domingo y como de costumbre hubo misa y sermón a las 11 de la mañana. Estaba inspirado y habló de la inmensa fuerza del amor en el mundo como un "aprendiz de brujo", invocó a genios que, a su conjuro llegaron sobre su alma como abejas al panal. Recordó a María Magdalena, la pecadora que fue perdonada por haber amado mucho.

-El amor a los ojos de Dios, es puro, grato, limpio de todo mal. Todas las criaturas de la creación aman y de este modo su amor forma las notas dulcísimas del himno del amor universal. ¡Amad, hermanos míos! Amaos los unos a los otros... Que vuestra vida sea un sendero de las fragantes flores del amor.

Pero el místico amor que predicaba, el amor universal y cristiano, adquiría en el trémolo de su voz el matiz pagano y dionisiaco de un culto saturnal. Como un fauno moreno, disfrazado con sotanas, tata Limachi, desde el púlpito, aquel domingo lleno de sol y esplendor en que las chacras florecidas y el viento dulce invitaban a la comunión del pecado, predicó para sí mismo. ¿Qué entendían de amor la taifa gris y arrodillada de centenares de destripaterrenos para los cuales no existen las sutilezas refinadas de la carne enamorada de sí misma? ¿Qué sabían esas indias greñudas, sucias, que traen hijos al mundo con la regularidad de conejos, de las maravillosas exaltaciones del amor humano? ¿Qué podía haber de milagroso en la roña angustiosa de los labriegos? Desde el confesionario tata Limachi había medido, estupefacto, la minúscula dimensión de sus vidas. ¡Eran pequeñas en todo! ¿Para qué querían la salvación, eterna esos desventurados que desconocieron para siempre, desde el vientre de sus madres, la ventura?

A las doce de la mañana bajó del púlpito el predicador y se encaminó a la sacristía para mudarse de ropa. Allí le esperaba un grupo de amigos para llevarle a una finca próxima donde habría una pequeña fiesta preparada en honor de unos vecinos. Un camión esperaba en la plaza para trasladarlos.

-¡Ha estado usted muy, pero muy bien! -díjole el Corregidor.

-Se hace lo que se puede -respondió, a la sordina, Limachi.

En menos de veinte minutos recorrieron una larga faja de camino y, doblando un recodo, entre dos hileras de cerros, dieron con la casa de hacienda, rústica construcción de un solo piso, paredes anchas, antiguas y techo de teja. El portal abierto y de par en par daba al inmenso patio empedrado en cuyo torno se distribuían las reparticiones.

Había gente esperando, de modo que a poco de entrar en la casa, incómoda pero llena de acogedora sencillez rural, donde saludaron a los amigos, empezaron a circular los cocktails y la cerveza helada en el agua de la acequia. Tata Limachi, con el reciente recuerdo de su sermón estaba un poco cariacontecido y tan acabadamente se trasuntaba en su cara ese sentimiento que sus amigos insistieron en hacerle beber para que se alegrase.

De una habitación de la casa, como por arte mágico, salió la Mercedes. Estaba elegante, endomingada, con sus botitas de color castaño, apretadas hasta la mitad de la redonda pantorrilla. Su pollera felpa azul y la manta de seda celeste, llena de bordados, le daba un aire de irresistible atractivo. Peinado con gran esmero y con un breve toque de carmín en los labios, era toda una tentación.

-¡Qué viva la reina de la fiestaaaa!!! -exclamo Pancho Varela, el tenorio impenitente.

-¡Vivaaa!!!

-¡Hua, de dónde nomás ps seré la reina; la reina es dona Carmen –dijo, modosa, la Michi, con una sonrisa que dejaba ver su blanca dentadura uniforme y bello entre la golosa frutez de los labios sensuales.

Mercedes tomó un cocktail y brindó con el tata-cura.

-Con usted ps, padre Pastorcito. Ahura que ya sabe corresponder.

-Por tu gracia Mercedes, la cholita más buena moza de Karina -dijo tata Limachi, mientras la gente reía. Mercedes, halagada, se ruborizó. Sus ojos negros vivos, hermosos en el marco de las pestañas revueltas, lanzaron una fulminante mirada al párroco, quien en aquel punto pensó que así debió haber sido la musa de aquel cura potosino que creó el Manchay Puito, entre la locura de la muerte y del amor.

Siguieron bebiendo nuevos cocktails, hasta llegar a un temple de semi embriaguez, luego pasaron al comedor. Sobre la mesa dos lechones asados, con adornos de perejil, locotos y ajies, esperaban los honores. Una profusión de panes, botellas, copas y cubiertos, se mezclaba con las flores con que habían arreglado la mesa.

Hubo gran comilona. La conversación se hizo general. Tata Limachi, en el sitio de honor, se afanaba en corresponder a los brindis; cuatro sillas de por medio. La Michi, sonrosada por el alcohol y los picantes, reía con gran desparpajo; sus senos, al moverse cuando reía eran como dos redondos, animalitos cálidos, aprisionados bajo la blusa de seda.

Pancho Varela, al que se le iban los ojos tras de la chola, bastante mareado ya por los cocktails, dijo a voz en cuello:

-¡Qué hable el padre Pastor! ¡Qué explique de nuevo su sermón sobre el amor!

-¡Bravo! ¡Qué hable el tata!

Se hizo un breve silencio. Reposaron tenedores y cuchillos y Pastor Limachi, casi perdido dentro de los rojos vapores del alcohol, habló desde su asiento:

-Queridos amigos, por ahora, nada de sermones. Eso lo dejaremos para la iglesia... Ahora hablaremos, mejor, como amigos, como hombres. Después de todo -añadió, mis sotanas no son más que una tela negra, debajo esta un hombre como cualquiera de ustedes...

-¡Claro! ¡Claro! ¡Muy bien, tata!

-¡Qué tata tan pícaro! -dijo una de las mujeres.

El cura habló de nuevo y ya sin tapujos manifestó que la castidad de los sacerdotes era un atentado contra la pureza de sus costumbres. "¡Somos hombres qué caracho!", gritó, "¡Nada puede privarnos de ser como somos!".

De esta suerte, luego de las palabras del cura, la conversación como obedeciendo a poderosa fuerza de gravedad, fue a parar a las relaciones sexuales del ser humano.

-Y usted, ¿que opina de eso? -inquirió Varela, dirigiéndose al párroco.

-¡Lo mismo que usted! -contestó, rápido, en medio de un coro de carcajadas, tata Limachi.

-¡De modo que también le gustan las polleras!

-¿Y a quién no han de gustarle? ¿Le cree un mariquita? -contestó el Corregidor en nombre del interrogado.

, Cuando levantaron la mesa salieron al patio. Había un viejo gramófono y tocaba en el discos de música boliviana, bailecitos de la tierra, tristes como la borrachera de los pobres, carnavales movedizos y tropicales, huayños y pasacalles. El baile se hizo general.

El cura, impaciente, decidió imitar a los demás, y ante el escándalo de algunas mujeres y la risueña expectativa de los hombres, sacó a bailar un huayño a la Mercedes. Al principio ésta se resistió:

-¡De dónde nomas, padrecito; pecando con usted!

-No seas zonzá, Michi, un poquito nomas no ofende a nadie. Y si pecas, yo te absuelvo.

Bailaban tomados de ambas manos y cada vez que, al cambiar de paso, chocaban pecho con pecho, el alegre tatacuro sentía contra sí el turbador contacto de aquella carne prieta, dura y limpia, propicia para calmar al demonio que le quemaba la sangre y le asesinaba el suelo.

La Michi, completamente achispada, empezó a entusiasmarse y pensaba que corriendo un poco más las aguas, ya sabría este curita solitario, cuál era el camino de la paz.

Bebieron y bailaron hasta la noche. El chófer, borracho perdido, dormía la mona tirado en el pajar, y hasta que reaccionase no se podría regresar a Karina. Unas parejas se alejaron, bajo la luz de las estrellas del tremendo cielo del altiplano, hacia la pampa abierta, tras de los matorrales y las barbas.

Tata Limachi, con la libido sublevada, incapaz de apaciguar el frenesí erótica, buscaba a Mercedes, pero la chola no aparecía por ninguna parte. Entró en varias habitaciones, fue por el patio, salió hacia el corral, sin encontrarla en ninguna parte.

Cuando volvía contrariado al interior de la casa de hacienda se le ocurrió empujar una puerta entreabierta de donde huía el resplandor de una vela, y grande fue su sorpresa al encontrar en ella a Mercedes. Estaba la chola echada sobre un montón de lana escarmenada de oveja, durmiendo el pesado sueño de la embriaguez.

Temblaba como un delincuente novato, acometido por irrefrenable nerviosidad, franqueó la puerta y la cerró con cuidado, luego se acercó hasta la luz y antes de apagarla contempló un instante aquella indefensa y magnífica presa. Luego dió un leve soplo y las tinieblas se cerraron.

Cuando se acercó a Mercedes, la chola, asustada, se resistió. Pero tata Limachi era mimoso, angustiado como un niño ingenuo y, además hablaba tan bien... Con generosa docilidad ofreció el ara de su cuerpo para la roja misa de la lujuria.

* * *

¡Qué dulces pantanos, qué blandas charcas de pudredumbre se situaron temblando sobre el erial de la carne solitaria del tata Limachi, después de haber avanzado sobre la caliente herida del pecado! Nada, para él habría sido capaz de detenerle. Más poderosos que los juramentos, los deberes y la razón, como un gato dentro de una pajarera, el instinto le hizo rebullir las venas, destruyó aquello que con una desconsolada paciencia había tratado de mantener, y el hombre, olvidando al sacerdote, se empurpuró garras y dientes con el licor de los sentidos.

¡Qué lejos estaban los días del Seminario, cuando la vigilancia y el estudio implacables, unidos a una vocación para admitir la niebla de la luz de la fe, creía y lloraba sin comprender, atónito frente a un espectáculo interior lleno de confusiones.

Al regresar a Karina, instalado Pastor Limachi de nuevo en la casa cural, se dió cuenta de que sus votos estaban quebrados y que la tormenta que cerraba su horizonte físico, se había descargado sobre el estero. Pero eso no lo contentaba, pues, por el contrario, el remordimiento, la idea de su culpa le socavaba como un gusano. La soledad, ceñida en torno cual hostil muralla, ya no le acogía dulcemente, como una madre simple y caritativa. El cuerpo domado por los ayunos y penitencias, ya no quería someterse de grado a la disciplina; la mente huía de la lectura e iba a perderse en las densas espesuras de la imaginación voluptuosa. En cada lugar, en cada detalle, el recuerdo de Mercedes le asaltaba. De noche, dentro del malestar del insomnio, súcubos e íncubos le perseguían sin reposo. Rezaba, en la capilla acogido a la medrosa sombra y arrodillado y solitario, en la tiniebla trataba de poner en orden su espíritu alterado y pedir perdón. Su conciencia, todo aquello acumulado por los hábitos consuetudinarios por las reglas morales, por la manera personal de adaptarse a una forma de pensar y de ser, estaba moribunda.

Varios días sufrió brutales encuentros en la vacilación y la duda; pero un día, obedeciendo con una ceguez salvaje a los llamados de su carne, pesado y autómatas por el deseo, acudió de nuevo a la chola Mercedes. Se dió a ella por entero y la grotesca parodia de aquel amor impuro quedó sellada para siempre. La chola, ingeniándose como pudo fue por las noches a reunirse con aquel hombre que ya no era para ella más que un náufrago que jadeaba, braceando, en un mar proceloso, y que terminaría por hundirse en un sepulcro blando y movedizo como el fango, trasparente bajo las lechosas aguas de la vulgaridad, como un batracio más.

En efecto, las cosas sucedieron así: Mercedes echó de la casa cural a la india cocinera y ella se instaló allí, como una criada en las habitaciones interiores. Todos sabían que era la concubina del párroco, pero con una hipocresía miedosa, mezcla de conceptos puritanos y justificaciones inmorales, toda la gente admitió aquello sin darle mayor importancia.

¡El cura tenía su mujer! ¡Y qué! En casi todos los lugares de la tierra agreste, entre páramos, cordilleras, valles, llanuras, donde había pueblitos tranquilos y feudales, el cura mantenía sus derechos como en la Edad Media europea. Y el de pernada, sin duda, no era el más desdeñable, para el talento de esos mentecatos incapaces de comprender que de su lepra moral nacía la purulencia que mataba la fe humana.

Tata Limachi no pudo sobreponerse a las leyes de su sangre, cholo y santo no se ha sido jamás, y él, ¡pobre!, no quiso, al catar la boca fresca de la Mercedes, renunciar a aquel mundo para ganar el cielo. Después de todo, reflexionando, ¡qué le importaba! No era excepcional lo que estaba haciendo, y en las aldeas y ciudades había innumerables hijos e hijas de cura "candeleros" y "palmatorias", que construían una revolución en los dogmas del sacerdocio.

Nacieron nuevas necesidades. Hubo urgencia de dinero. Mercedes como buena chola que era, conocía el sentido de los negocios y tenía un particular talento para apreciar la función de tata Limachi. Era hacendosa en la cocina y negligente en el aseo; como había hallado acomodo junto al tata-cura, poco le importaba ya acicalarse con esmero, para agradar. Lentamente, pero sobre seguro, marchó como todas las mujeres de su condición, por el camino fervoroso de una lealtad abnegada, domesticándose, apesar de la fuerza de su personalidad, como un animalito casero, aunque aquello no fuese más que una concesión, una renuncia en honor de su hombre. Ella era el alma de la parroquia. Mientras tata Limachi, a semejanza de cualquier vulgar artesano, jugaba, bebía y jaraneaba, Mercedes llevaba el peso de la casa. Administraba el dinero, cobraba por adelantado las misas y otros oficios religiosos, exigía de los indios nuevas contribuciones, averiguaba con gran acierto comercial, nuevas posibilidades de ganancia para la parroquia. Un día sugirió a tata Limachi la construcción de un pabellón con dos hileras de nichos en el cementerio. La primera estaría pintado de blanco y sería el Cielo; la segunda de gris, y sería el Purgatorio; en cuanto al Infierno, ahí estaba la habitual fosa común de tierra viva. Desde luego la idea consistía en cobrar a los indios buenas sumas para que enterrasen a sus muertos en el Cielo o, por lo menos en el Purgatorio, con opción, claro está, de subir del Infierno al Purgatorio y al Cielo, previo pago de cómodas cuotas. Al contado podía ir el muerto beneficiado del Infierno directamente al

Cielo. La iniciativa, copiada de otras parroquias, prosperó, pues no había indio medianamente pecador que no quisiera enviar sus muertos al Cielo, pero los más eternos miserables sin dinero, dejaban a sus muertos en el Infierno, sin posibilidad de redención.

Otra idea de Mercedes, que la puso en práctica con resultado para tata Limachi, fue educar una paloma blanca para representar un misterio el Viernes Santo, Los indios, al presenciar el "milagro", redoblarían sus limosnas y aumentarían su fe.

Llegó, pues, el Viernes Santo, la capilla estaba llena de gente que oraba elevando un gran murmullo apagado y gemebundo. Los altares, cubiertos con lienzos morados, A las tres de la tarde terminó el sermón y desde el campanario brotó el ruido áspero de la matraca agitada por el campanero. Tata Limachi, taumaturgo, se volvió relapso e inventó contra todo temor a Dios, una escena de histrión. Al bajar del púlpito se detuvo en medio del templo, y alzando los brazos a la luz de la redonda claraboya que daba tras del altar, con voz tétrica, llena de efecto dramático, dijo:

-¡Cristo ha muerto! ¡Cristo ha muerto! Consumaturn est... Que baje hasta mí el Espíritu Santo y me traiga la confortación para este duelo.

Los indios, recelosos, miraban con los ojos dilatados por el temor. Sería posible que los poderes del tata alcanzasen a traer hasta la miserable capilla al Espíritu Santo? De solo pensarlo se les ponía carne de gallina.

Pasó un minuto de acesante espera. De pronto, un leve rumor de alas estremeció el interior de la bóveda chata. Y una paloma blanca, amaestrada con gran paciencia y secreto entre el tata-cura, Mercedes y el campanero, bajó desde el campanario y fue a situarse encima del ara, donde se detuvo. Le habían pintado pico y patas con pintura dorada, y llevaba una cinta celeste formando artístico moño en el cuello. Los indios, alzaron un clamor obscuro y siniestro, algunas mujeres gritaron, histéricas. Y tata Limachi, consumado comediante, cayó de rodillas y bajo la cabeza hasta tocar la frente con el suelo. La paloma entretanto se movía nerviosa sobre el ara. Un instante después tata Limachi se aproximó al animalito y lo cogió con las manos.

Los indios miraban horrorizados, esperando por momentos que se abriese un boquete en los muros de la capilla y de allí surgiera un rayo blanco y terrible, por el que bajaría la divinidad, como en el Juicio Final. Mas, nada sucedió, Tata Limachi, como gran prestidigitador llevóse al "Espíritu Santo" a la sacristía y allí lo enjauló, haciéndole desaparecer con gran destreza.

Cuando volvió frente al altar dijo con voz temblorosa:

-La Gracia ha descendido sobre nosotros. Ha bajado de las alturas el Espíritu Santo... Y me ha hablado... ¡Y yo le he oído!... Me ha dicho que en este pueblo, la gente es pecadora, como en Sodoma y Gomorra, y que se condenaría si no sigue mis consejos. Que hay innumerables niños sin bautismo, muchísimos hombres que viven sin casarse con sus mujeres, y que hay grandes cantidades de almas que penan porque sus parientes no les ofrecen misas ni mandan rezar por ellos...

Los indios, estupefactos, escuchaban y creían; en cuanto a los cholos, estaban en el secreto y lo aplaudían en silencio.

Desde aquella vez aumentaron las entradas a la parroquia. Pero un día el gato halló abierta la jaula del "Espíritu Santo" y lo devoró en un yantar que nada tuvo de teológico.

Así, una y mil veces, tata Limachi y su concubina engañaron a los fieles.

El clérigo hizo befa de la religión y burlándose a sabiendas de los puros principios que no comprendían, pero que eran, en buena cuenta, el último fanal en el mar de la desesperación solitario de los hombres, avanzó en el tiempo sin haber hecho otra cosa que carcomer la base de

la fe de los feligreses, apartando a muchos de la iglesia. Creían y no creían, y turbados por el más allá, mientras en el fondo sentían profunda compasión y desprecio por la simonía del cura, mitad por temor, mitad por costumbre, siguieron asistiendo a las misas, bautizando a sus hijos, enterrando a sus muertos, celebrando a los santos de su devoción.

Tata Limachi engordaba y envejecía, Mercedes le había dado "sobrinos".

¡Día a día se alejaron más los días en que su alma era pura y confiada en la esperanza! Hoy, yo no había rosas de castidad sobre su cabeza sino el infierno de la concupiscencia.

Pasaron los años y la vejez, la lacra final de la carne, agostó a tata Limachi. Reuma, uremia, iban jalando el hilo y ya el carrete se acababa. Un día, por fin, murió el cuervo. Le lloraron, le velaron y le sepultaron con cristiana pompa.

Su historia fue gris, ni diáfana por su amplitud despejada, ni de tremante obscuridad de tempestad. Fue gris, vulgar, lamentable, porque así lo quiso el ambiente y así lo condujo la pujante marea de su sangre chola.

“La Pascua Florida”

Oscar Alfaro

Poeta, periodista y escritor tarijeño,
cuya espacialidad es el poema y el
cuento para niños.

Cuchillo en mano los mozos cortaban a ras del suelo las plantas de "payo" que parecían grandes abanicos verdes.

-Apúrate José, que ya'sta oscureciendo. -dijo el Rumualdo a su hermano y metió el cuchillo en la vaina que llevaba al cinto.

La luna ya comenzaba a garabatear signos extraños bajo el follaje y la sombra de los helechos se estampaba sobre las aguas. Los hermanos reunieron las plantas cortadas y cargaron al burro que bebía los paisajes del arroyo. Comenzaron a bajar el cerro belludo de árboles, conduciendo el burro de cabestro. A cada momento, la serpiente del arroyo, con la piel llena de ilustraciones luminosas, atravesaba el camino.

-Ya nu hay tiempo pa entrar a la casa. Burro y todo bajemos a la plaza'el pueblo, pa armar los arcos de la procesión, -dijo el Rumualdo, que marchaba adelante, cogiendo el bosal del pollino.

-Pero, diande vamos a sacar las caña-huecas? -repuso el José.

-Dejuro las cortamos del camino, lo mismo que las rosas-pascuas. Los arcos tienen que'star plantaus y enjloraditos pal amanecer.

Así hablando bajaron al cerro y se internaron en una quebrada, bordeada de cañaverales que cantaban al viento. Sacaron a relucir sus cuchillos enormes y en un instante derrumbaron las cañas más largas.

-Agora ta güeno bajar pal pueblo -Y siguieron quebrada abajo. Al llegar a la orilla del río se encontraron con la Candelaria, ocupada en llenar de rosas-pascuas una cesta. Toda la huerta de la moza estaba estrellada de rosas que ardían bajo la luna.

-Velay, la Canducha parece un angelito, andando sobre los luceros -dijo el Rumualdo, deteniéndose al borde de la huerta.

-¿Diande 'stan volviendo ustedes, con el burro cargau de "payos"? -dijo la moza parándose con el cesto de rosas en la mano.

-Tamos volviendo del cerro y vamos a la plaza'el pueblo pa armor los arcos de la procesión -dijo el José.

-Pero jaltan las rosas pascuas pa enjlorarlos -aclaró el Rumualdo.

-Maver, salten entonces el cerro y dentren a pallor tuitas las rosas que quieran.

Sin hacerse invitar dos veces, los mozos amarraron el burro al árbol del camino y traspusieron el cerco de la huerta. Allá estaba la Candelaria, toda fresco y amable, con una rosa

grande como la luna en la oreja, con la mantilla clara terciada sobre el hombro y con un pollerín de agua verde flotando al viento. Realmente estaba linda la moza. Los dos hermanos se quedaron mirándola largo rato.

-Güeno, pallen las jlores, que no han dentrau pa mirarme la cara.

-¡Ay juna!, si pudiera llevar pa mi huerta la jlor que'estoy mirando... -dijo el Rumualdo y se agachó sobre el rosal.

Y el José, por no quedarse atrás echó esta copla a los pies de la moza:

*"Que bonitos son las rosas
Y mas bonita es su dueña,
Porque no hay rosa más linda
que esta mocita trigueña..."*

Luego tendió su poncho y fue arrojando allí montones de rosas, en cuyos cálices se encendían las luciérnagas.

-Velay, con esta ponchada de jlores ya basta pa adornar los arcos de la pascua -dijo el Rumualdo, arrojando el último puñado de rosas en el poncho de su hermano.

-Y por esos arcos ha'i pasar la moza más linda de'stos pagos -agregó el José, clavando los ojos en la Candelaria.

-Dejuro no'i ser yo sola, sino tuitas las mozas que vayan a la procesión, pero dejen de hablar y sigan su camino, que ahurita hay llegar mi taita...

-Güeno, que Dios te lo paguei...

Y los mozos traspusieron la cerca. El burro, cansado de esperar, estaba tendido en la quebrada, con la carga encima.

-¡Barajo este animal jlojo de la trampa! ¡Seguí pa-delante, condenau! -dijo el Rumualdo, hacienda chasquear el látigo sobre los ancas del pollino.

Entraron al pueblito tiznado de sombras. De cada puerta se derramaba a la calle un arroyo de luz espesa. En las cuatro esquinas de la plaza ardían faroles de color que pintaban el rostro de la gente que iba y venia. Cerca de la iglesia ya había una hilera de arcos que llenan el aire con un olor a fiesta campesina.

Los dos hermanos descargaron el burro, tiraron el poncho de flores al suelo y se pusieron a cavar los hoyos para plantar los arcos. Entre ambos se había hecho un silencio lleno de interrogaciones y celos. Tenían la boca llena de miel, donde la abeja de un nombre picaba fuertemente. El Rumualdo, más decidido, lanzó por fin a volar aquella abeja sonora:

-La Candelaria, dejuro ha'i dir a la jiesta después de la procesión.

-Paise que le gusto bailar y levertirse a la moza -agregó el José y se volvió a meter en el silencio.

-Güeno, ya'stan los arcos -dijo, después de un rato el Rumualdo, incorporándose del suelo- Agora vamos pa la casa a pegarle un sueño antes de la misa de l'aurora.

Alzaron sus herramientas y se perdieron por el callejón de los álamos, rumbo a la casa.

Al día siguiente el pueblo se congregó en la iglesia, dos horas antes del amanecer, para oír la misa. Esta transcurrió llena de frescura y de olor a campo florido. Luego se inició la procesión. El Cristo resucitado voló por la puerta en los hombros de cuatro labriegos y tras él salió el pueblo a la plaza.

Una avenida de arcos floridos señalaba el lugar por donde debía pasar la procesión. Temblaban los arcos al paso de Jesús, lanzando lluvias de rosas... La voz del cura garabateaba en el aire extraños cantos. En cada esquina de la plaza se paraba la procesión rumiando rezos y el vuelo de Cristo era clavado en un altar callejero. La imagen parecía escrutar el infinito en donde ya se abría el orca celeste del amanecer.

Cuando la procesión dió una vuelta la plaza y entró de nuevo a la iglesia, la pintura de la aurora corría por las calles. El pueblo salió de la iglesia y se dirigió a la plazuela de los sauces, donde se festejaba la feria de pascua. Bordeando la plazuela llameaban inmensos cálices de fuego. Allí las campesinas preparaban el "néctar" y el "canelau" para alegrar la fiesta. Al centro de la plaza giraba un remolino de coplas, de polleras y de ponchos. Millares de violinistas tocaban sus rústicos instrumentos y desgranaban el aire a tajos musicales. Alrededor de cada violinista bailaba una rueda de mozos y mozas.

La Candelaria apareció en uno de los extremos de la plaza. Vestía una pollera rosada y una manta celeste, como cortada del paño del cielo. Un sombrero con rosas, echado ligeramente hacia atrás, dejaba ver íntegramente su rostro despejado y hermoso. La alegría de la fiesta centelleó en sus pupilas y se engarzó al primer collar de mozas que paso girando a su lado. Cuando llegaron los hermanos ella ya estaba enredada en el torbellino de los bailes. Los mozos se alejaron uno de otro y comenzaron a tocar sus violines. Ellos eran los mejores violinistas del pueblo. Los de sonrisas y de ojos fiesteros rodaban al son de sus violines. Las abarcas de las mozas cantaban a ras del suelo. La Candelaria bailaba como una amapola en el viento de la música. De la rueda del José iba a la del Rumualdo y tornaba a la de aquél. Apenas probaba el "néctar" de leche y nuez que le ofrecían en cada fogata. Miraba a un hermano, miraba al otro y se sonreía maliciosamente. Estos, a su vez, comenzaron a lanzarse miradas relampagueantes de desafío. El licor ardía en sus venas y los celos les arañaban el alma. El Rumualdo, de pronto arrojó el violín al suelo y se abalanzó sobre su hermano, pero la rueda de ponchos y mantas se cerró sobre él y lo contuvo. En la otra rueda el José lanzó al aire una copla provocativa. La Candelaria le tapó la boca, y, cogiéndolo de un brazo, lo arrancó de allí.

El Rumualdo alzó su violín herido y se fue con él a una fogata. Pidió una copa de moscatel con canela y se la tomó de un sorbo. Volvió a pedir otra y otra más... Las fogatas comenzaron a bailar a su alrededor como mujeres de fuego. Se alejó de allí dando traspiés. Su violín gemía dolorosamente, como si el arco rallara los nervios musicales de la madera. Allí lejos distinguió el perfil de la Candelaria. El José le pasaba un brazo por el talle y se la llevaba nuevamente a la rueda.

-¡Juna grandísima!... -corrió a ese lado desenvainando el cuchillo que llevaba en la faja.

-Ave María Purísima!... ¡Quitelén la hoja de chacra a ese mataco!... -gritó una viejo que venda "canelao". Dos mozos le saltaron por atrás y le arrebataron el cuchillo. Luego, tomándolo por ambos brazos lo sacaron a un extremo de la plazuela. Allí se quedó tendido bajo un sauce.

-¡Me la quitau ese baboso... me lo quitau!... -Quizo incorporarse y cayó de nuevo.

El baile siguió girando. Un cielo de canela corría sobre los sauces. Figuras de humo, voces transnochadas y coplas llenas de aguardiente saturaban la atmósfera. El sol se volcó en el horizonte como una copa de licor. Y las mozas, prendidas a sus hombres comenzaron a abandonar la plazuela.

-¡Velay, si acabó la jiesta...! ¡Llévame pa la casa!- dijo Candelaria.

El José dejó de tocar el violín y se fue con ella.

Al final de la plazuela encontraron al Rumualdo tendido bajo un sauce. Sus manos se crispaban sobre el instrumento roto. Pasaba el arco rabiosamente sobre el cuello del violín, mientras maldecía el nombre de José. Seguramente se imaginaba estar matando a su hermano con el cuchillo de música.

-¡Te ùa degollar por perro!... -Y el instrumento lanzaba gemidos moribundos.

“Si el amor se hace de la nada”

JEAN RUSSE

Su verdadero nombre es BARRIOS VILLA, nació en Potosí el año 1930. Tiene publicadas varias obras en verso, entre ellas "EL ALBA DE LA ESPIGA" (selección) y un libro polémico y científico: "LA IGLESIA CONTRA LA CIENCIA Y EL PUEBLO". En prensa "EL ARTE REVOLUCIONARIO Y LOS DESHEREDADOS" (Interpretación Dialéctica). Su especialidad es el ensayo.

Cuando lloraba el día con voz de lluvia imprevista, con voz de campana ahogada, de rosa de pronto rota en el silencio, Juan casi siempre sentía la nostalgia profunda por unos ojos que amaba, por una boca hecha para la risa y para el beso.

Las gotas de aguacero diseñaban celosías de agua en su ventana.

Esa lluvia repentina, sin anunciación de truenos, ni de nada, le destrozaba el corazón, le sumergía en el océano de sus penas. Lo ahogaba.

Emergía entonces en sus recuerdos la figura de la amada. Se imaginaba que sus manos tejían para él una guirnalda de amor y de espera.

Cuando se ama, se idealiza a la mujer a tal punto que se pretende hacer del corazón un trono para que impere ella.

A veces uno ignora dónde empieza el amor y dónde termina.

A las seis de la mañana él ya esperaba los primeros trinos de la alborada, mojados todavía de llovizna, para salir al campo en su pretensión de olvidarla.

Sin embargo es imposible olvidar cuando se ama de veras.

* * *

Juan era moreno como el pan del pueblo. Amasijo de sol y de altiplano, raíz del dolor sin esperanzas. Por eso quizá se confundía con la tierra sedienta de lluvia y de trinos.

Cuando estaba feliz (muy pocas veces estuvo en ese estado en que el hombre se cree dueño del universo) hacía del llanto y de la lluvia una poesía. Pero en verdad no existe el llanto ni la poesía. El mundo está vacío, tremendamente vacío de llanto y de poesía. El mundo se cansó de llorar y emite solo un quejido.

* * *

Un día llovió para él quince esperanzas imprevistas en su senda.

Cuando esta pasajera esperanza cruza, como una estrella fugaz por la senda, se hace florecer hasta una lágrima. Todo tiene significado, hasta un suspiro insospechado, hasta el beso

del sol en las flores, hasta el musgo que, prendida de una piedra centenaria, muestra el verde de su esperanza al hombre.

Se sueña.

Está el racimo de! amor en todas las bocas. Está la zona del amor en todas las uvas.

* * *

Quince esperanzas llovidas en la senda.

Una mujer de quince años es un poema de amor y un suspiro. Los suspiros pasan y se pierden. Buscan las formas de la nada. Queda arenas el recuerdo. El recuerdo es fuego que nos quema, que nos destruye el corazón y nos mata.

Y Juan, en la ceguera de su amor, ignoraba estas verdades.

Cuando se ama, se olvida que se vive del engaño.

* * *

A veces el amor se hace de la nada. Una flor de agua y una esperanza también se hacen de la nada.

Cuando el amor se hace de la nada, el río de nuestra esperanza desemboca en el océano del olvido.

Cuando se quiere mucho y existe la invención del cariño inconsistente, una cuchilla de viento puede muy bien destruir una rosa de piedra o un clavel de estaño.

Nadie sabe que el agua forma la roca de los sueños.

* * *

Quince esperanzas llovidas. Quince años furtivos, con la picardía de las pompas de jabón que alegran y se pierden.

Quince años floridos, como para no cortarlos de raíz y enterrarlos en el alma.

Juan amaba a una muchacha de quince años. Se llamaba Rosa Clara.

Un día, sin querer, cruzaron sus miradas. Y el amor se hizo de la nada. La esperanza se tejió de la nada.

Apenas tuvo tiempo para hablarla con el alma.

A veces el dialecto de las miradas resume un mundo de amor en un segundo. Se hace una fiesta de pasión cuando se mira y se quiere.

Las horas pasaron y tuvo que irse ella, esa misma mañana de otoño. Los fuegos de otoño terminan por destruir y quemar la esperanza y los sueños.

Por eso Juan estaba triste, con el alma llorando en silencio.

* * *

Pasó un año. A veces un año es tan largo como un sollozo prolongado.

Juan vivía con la mirada en el horizonte, como buscando una luz de amor y de recuerdo.

Vivía esperanzado de verla nuevamente. Inventó una fiesta de amor para ella. Un festival de rosas en el espacio. Se imaginó que los besos dejaron una estatua en los claveles; que el aire tejía una sonrisa. Que el mundo era nuevo. Y en el mundo no estaban sino él y ella.

Su esperanza se alimentaba de cenizas.

* * *

Un día recibió una carta. Pensó que hasta las estrellas lloraron de amor ese instante.

4 de enero. A veces ese día nace el torbellino.

Dicen que se inventó ese día el fuego, que a veces quema o a veces brilla.

La carta era de un día 4 de enero, y decía:

"Juan: Hace demasiado tiempo que sueño solamente. -empezaba-. Ha pasado la época gris. Era el invierno. Yo no precisaba más que de una letra tuya para hundirme conscientemente en un mundo de sueños. En realidad no constituías sino una noción abstracta. Ignoro todavía si adoraba esa abstracción espiritual o a ti. Me bastaba la niebla. La eterna niebla y los atardeceres. Las noches heladas, cualquier cosa. Vivía simplemente para soñar. Pero ahora estoy en la época roja. He cambiado física y espiritualmente. Pertenezco a este mundo. Ya no hay niebla, sin la niebla los sueños son distintos. Ahora te amo a tí. Adorar creo que es efecto de la niebla. No sé, pero es así.

¡Y no poder verte después de un año; después de alimentarme a sueños!

¡Es horrible, mucho más si el drama pertenece a la época roja!

En la época gris no lloraba, porque estaba continuamente triste e indiferente a todo lo que no fueran mis sueños. Pero ahora sé que lloré por ti, por mi amor y por todo.

Juan, quiero que me escribas.

Y hay empiezo y termino diciendo que te quiero "demasiado", como dicen ustedes. Te quiero, como corresponde a la época roja, y como corresponde a ella estoy desesperada. Adiós, Juan. Te quiero. Rosa Clara".

* * *

Y Juan, en medio de los surcos recién abiertos, en medio de las flores y en medio de sus sueños, escribió también a la ciudad una carta. Escribió a Rosa Clara con un cariño sincero, noble y gigantesco:

"Quiero contarte sencilla y sinceramente una vieja pena que tengo encerrada dentro del alma, como una rara yerba prendida en el surco de mi vida, como un musgo persistente, como todo y como nada.

Amada: toda vez que tengo que hablar de mí mismo, tengo que hablar de mis sueños, y es evidente que conozcas el sueño de amor y de esperanza que cobijo desde hace tiempo en lo más recóndito de mi alma. No te admire entonces si he llorado al escribirte ahora.

He llorado, porque te quiero; he llorado, porque te sueño; he llorado, porque te busco; he llorado, porque te amo hasta el punto mas indecible de mi vida.

Quien sabe pudiera recorrer mi llanto una distancia capaz de alcanzar la orilla de tu vida, para que luego te miraras en el espejo de mis lágrimas. Quién sabe pudiera alcanzarte mis sueños, siquiera en alas de la ilusión, para refugiarse en tu corazón de niña y colegiala, y golpear en cada segundo de tu vida, hasta lograr que me comprendas. Quién sabe florezca esa vieja esperanza que has dejado en mi senda. Quién sabe... pero tendrá que florecer, porque he regado cada surco con lágrimas de amor y de queja.

Amada, debiera haberte dado un trozo de amor antes de ahora; pero he tenido que esperar este día para darte mi amor con toda la integridad que te mereces. Perdóname, pero no pienses que solamente en un momento de dolor he buscado la sombra de tu vida, para refugiarme cuando ya nada me queda o cuando ya todo me sobra.

Quisiera prender en los andariveles del aire mis sueños, para que todo el mundo conozca que te quiero, para que nadie dude si es sincero este amor que te profeso, para que todos los secretos de mi amor se esparzan al viento y vayan a tu corazón en busca del amor y de los sueños.

Mi esperanza es tan grande y mi amor es tan inmenso. Tan grande como para condensar diez siglos de amor en un segundo y amarte la eternidad toda. El amor de todos los siglos, de ayer y de mañana, vivirán en nuestro amor, amada.

Quién hubiera pensado de este amor verdadero. Quién hubiera pensado que te sueño cada día, que te busco cada día, aunque sea a través de la luz y del viento.

Rosa Clara, si tu me amas también un poco, jura amarme siempre, apesar de todos y de todo. Algún día, no lo dudes, algún día tu vida será mía y mi vida se hará sangre en la tuya.- Juan".

* * *

Luego vino una espera larga. Quién habría inventado la distancia en el amor, quién el silencio, quién el tiempo.

Cuando se quiere así, la distancia es un cuchillo y el silencio es un crimen.

A veces iba a buscar el recuerdo en la orilla del arroyo. Las aguas rumorosas de la fuente le hacían llorar mucho, le hacían sufrir tanto.

A veces sin querer arrancaba las rosas, hasta marchitarlas en una orgia de besos.

Otras veces el aire le traía el perfume de las flores; el río, la música de las piedras, y no podía explicarse el origen del amor, ni del beso ni de nada.

Otra vez los sueños. Otra vez el dolor.

Hubo un paréntesis de silencio de una carta a otra. En su tierra aprendió el profundo espíritu musical del aire, el poema eglógico que cantan los arroyos y las estrofas de amor que teje la lluvia en medio del tragal, o el agua en medio de los surcos recién abiertos.

Despertaba con los trinos mojados de alborada, para hacer despuntar el beso en medio de las rosas y en medio del aroma del manzano y del lirio. Madrugaba con el viento, para jugar con la trenza de los sauces; para ver la tierra fresca después de la lluvia. El vió al sol dorar la espiga de los trigales, y vió madurar la uva en los racimos.

Supo de la esencia del fuego, del aroma de las flores y el misterio de los surcos, fecundos de amor y de esperanza.

Sintió el amor corriendo por todas sus venas para entregar su cariño convertido en agua clara. Supo del dolor y de la espera.

Inventó un nuevo idioma del amor con su sangre y con sus sueños.

* * *

Un día llegó la carta que esperaba. Llegó con la esencia de todos los amores. Fresca y vivificante.

"Acabo de recibir tu carta. No tengo fuerzas para nada más que para decir que te adoro. Sin fuerzas para nada más que para creer que me quieres, y sentirme, no feliz, porque eso es poco y no sintetiza todas las emociones encontradas, si no... Pero, no hay palabras para explicarlo. Lo único que puedo decir es que te amaré siempre, toda mi vida, con toda mi alma, como tú quieres y como yo quiero porque esa es también para mí la única forma de quererte.

No tengo tiempo para nada, porque tú imperas en cada minuto, en cada hora y en cada día de mi vida.

He visto a tanta gente, pero ¿qué tienen que ver los ojos con el corazón? Allí reinas tú. Y te lo juro que será eterno. Sí, te juro el amor que me pides, porque hace tiempo que te lo he entregado íntegramente. ¡Te quiero tanto! Creo que demasiado. A veces tengo miedo de este amor tan inmenso, y no termino de conocerte. Parece que no soy capaz de contenerlo en mi corazón. Ah, pero si soy capaz, te lo jura! Tú lo llenas íntegramente y no deja espacio para nada. Eres el dueño de mi vida. Que eso me da rabia, no significa que no lo seas. Lo serás siempre, siempre! Soy tuya. Aceptado. No hay más remedio. ¿Qué más?

Te quiero exactamente desde el día de nuestro encuentro. ¿Recuerdas? Entraste en mi vida de una manera que no puedo explicarme. Te quise desde entonces, y después te adoré continuamente, Y te seguiré adorando hasta el día de mi muerte.

Nuestro amor es torturante, desesperante, y creo que por eso es más profundo. Será eterno, te lo juro. Te adoro: Rosa Clara.

P. D.- Por favor, inventa otra palabra. Amo, quiero, adoro, no bastan.

* * *

Tres cartas. A veces en tres cartas se puede resumir una existencia. Puede decidir la vida y la muerte.

Desde las luces del alba conoció los ojos que sueñan. Hizo del agua un pétalo y un suspiro.

Su amor pareció más antiguo que el aire, más antiguo que el mar.

Le secó el llanto una historia de amor detenida en el borde de sus sueños. Se miró en el espejo del agua y creyó que la imagen duraría un siglo, una eternidad entera.

Se imaginó a Rosa Clara con un traje de luna o de estrellas, paseando a la orilla del río, mientras los grillos expandían una sinfonía inconclusa en el espacio.

* * *

Un día, cuando estuvo arrancando una manzana recién madura de su huerta, supo que Rosa Clara llegaría a su tierra.

Otra vez inventó una fiesta de amor para ella. La esperaría con las manos llenas de Siemprevivas y Nomeolvides. Tendrían sus flores todavía el olor de la tierra mojada por la lluvia.

En su amor loco hizo tejer un recuerdo y un lazo de amor con una princesa india.

Tendría que bajar también el cielo para formar un sendero de luces y de luceros, a fin de que llegue con el alba.

Tendría que arrancarse el corazón, si era posible.

Tanto la amaba, y cuando se ama en esa forma se cierran los ojos al abismo. Por mirar el cielo se olvida del altiplano y las montañas. La confianza es traidora y el abismo siempre está en acecho de los hombres que deliran.

Sólo cuando tenía que llegar Rosa Clara, el camino le pareció tan largo como un recuerdo.

La flor de la sospecha surgió en su camino. Fue una sospecha inmensa como la pena del viento y del río. La vieja sinfonía se tornó poco a poco en un llanto silencioso.

Sin embargo, fue a su encuentro.

Más valía no haber ido.

Apenas se tocaron con las miradas casi ausentes. Eran ocaso dos puntos distantes, imposibles de unirse con el beso o con la mano.

No se hablaron con el alma, ni el dialecto de esas miradas resumió un mundo de amor en un segundo.

Es cierto, Juan era amasijo de sol y de altiplano, morena como el pan del pueblo y como el barra, raíz del dolor sin esperanzas.

Ella era una libélula lejana, apenas sospechada.

Juan era producto de la tierra e ignoraba el nacimiento de una libélula, ignoraba su escondite y apenas si sabía que un día se amaron.

Que un día se juraron el amor de todos los siglos.

Cuando el amor se hace de la nada, el río de nuestra esperanza desemboca en el océano del olvido.

Tuvo que volver con las manos vacías, con la esperanza muerta y el sueño tronchado como una rosa de arena o un clavel de suspiro.

Los juramentos se deshicieron en el aire, las promesas se las llevó el viento.

Y el no quiso desprenderse de su tierra, y volvía a ella, para hundirse por siempre en el silencio.

La luna lloró esa noche su arquitectura de besos en el río.

“MI CALLE”

OSCAR SORIA GAMARRA

Cuentista y escritor paceño. Autor de guiones cinematográficos de la Productora Boliviana Telecine.

A mi calle se llega bajando una como laderita de piedras desiguales, con casitas en el lado derecho y una depresión u hoyo de ocho o diez metros de profundidad a la izquierda.

Puede ser que cuando este bajando, llegue un camión cargado de tierra y desperdicios que, deteniéndose al borde de la depresión, echa su carga pendiente abajo con un sordo ruido de alud. Tal vez, entonces, alguna ama de casa de la cercanía detiene sus quehaceres y escucha atemorizada. Y es que hay razón para esto: el barrio entero es considerado "zona negra" y recuerdan los vecinos que hace dos años, después de una noche de lluvia intermitente, todas las casas amanecieron con las paredes rajadas, habían grietas en el suelo y durante el día y la noche subsiguientes estuvo oyéndose, a intervalos, el impresionante desprenderse de trozos de tierra, allá al otro lado del río.

Se baja un poco más y se esquivo tres chicos jugando con un perro, si es en la mañana; o dos jovencitas charlando con dos muchachos, si es al atardecer. Luego, son las ocho de la mañana, se cruza uno con el profesor universitario que vive en una de las casitas -esa verde, con el jardincito delante-; o, si son las nueve, con el notario, saludador y sonriente, que acaba de salir por la única puertecita de esa casa amarilla.

Mientras tanto, en el lado izquierdo, ha terminado la depresión y uno ha dejado atrás una rústica casita de indios a la que sigue un espacio vacío.

Sigue bajando uno y mira, otra vez a la derecha, una casita de muros altos, color crema y que parecen recién pintados, con una puerta verde oscuro y una placa de metal en el marco. Si son las 10 u 11 de la mañana o alguna hora así, anodina, puede uno ver, entrando o saliendo por esa puerta verde, un señor muy serio con lentes hexagonales, con su hijo, también muy serio igualmente con lentes hexagonales.

Finalmente, en la puerta de la última casa de la derecha, puede o no estar estacionado el jeep o uno de los camiones del que en ella vive. Y, al frente, en el lado izquierdo y haciendo esquina, hay unos muros derruidos. Ahí dentro, en algún cuartito que quedó en pie o que reconstruyeron con materiales de deshecho, vive el "Chinito" y su familia. (El "Chinito" es uno de tantos chicos astrosos y esmirriados del barrio).

Cruzando la bocacalle, mi calle tuerce un poco hacia la derecha, se hace plana y se prolonga una cuadra más, yendo a terminar en unos terrenos baldíos que, en sucesivas declives, bajan hasta el río.

Como la de arriba, esta cuadra tiene, en el lado derecho, casas habitadas por comerciantes, mecánicos de automóviles, empleados del comercio y la industria, y otras gentes de clase media empobrecida y también enriquecida.

Por el lado izquierdo, la cuadra comienza con unos terrenos bajos; les sigue una casita, un tercio de la cual son nada más que muros; y, a continuación y hasta el final, hay una larga sucesión de muros chatos que ocultan de la vista otras tantas casitas construídas en el desnivel.

Todavía, detrás de esas casitas, hay una fila de covachas de paredes desiguales, con salientes y huecos, y techos de tejas rotas y pedazos de calamina y latas, increíblemente llenas de gentes humildes y chicos, grandes y pequeños, todos harapientos y desgredados, los más pequeños llorones y mocosos.

Y como los pobres son siempre los más, son estas gentes humildes y estos chicos quienes abultan la población de mi calle. Y así ocurre que, si en la cuadra de arriba puede que los pobladores lleguen a la centena, en esta cuadra de abajo tal vez sumemos las tres o cuatro centenas.

La esquina o sea el cruce de las dos calles, es el lugar donde convergen no solo las dos cuadras de mi calle y las de otras dos, transversales, que la cortan en cruz, sino también todas estas gentes, más sus animales y sus vehículos. Es el descansadero, el paso obligado y el andén. Es el ensanche, la suerte de respiradero que hay que seguir para tomar la calle transversal y comunicarse con el mundo ciudadano de afuera; la pequeña liza donde se reúnen y cruzan y recruzan los destinos de los seres que viven o hacen que viven en esta reducida geografía de dos cuadras.

Los primeros en echarse a la calle, en la mañana, son los chicos y las viejas. Y los perros, por supuesto.

Salen de los pequeños departamentitos, de las piecitas en las traspatios, de las covachas detrás de las casitas con latas o con pequeñas canastas en pos del pan y el azúcar que compran en alguna de las dos tiendas cercanas a la esquina, o en pos del agua, por la que bajan a la vertiente de "abajito la esquina", en el terreno baldío; pan, azúcar y agua pa'tomar el agua caliente o el desayuno, como dirían otros. Está en la calle el "Chinito"; está la Mama Sebastia agachada hasta lo inverosímil, prácticamente doblada en dos, como buscando algo, algo que seguramente no ha de encontrar nunca; están el Mario y su hermanita los dos hijos de doña Arminda, la señora que abandonó el argentino; está el negrito Beto, hijo de la frutera; y el pequeño Nico y su hermanita que ahora viven en lo de doña Luisa, la chola que desde su tienda atiende a dos o tres familias del barrio, haciéndoles la comida; y Juanito el jorobadito de la señora Engracia, que vive cerca del río...

A poco, salen también las sirvientas, y ya la esquina no estará mas vacía o sola, hasta la noche. Pasan por ella los chicos que se van al colegio; y, un poco mas tarde, las señoras y señores que se van a sus trabajos. Pasan el auto del Ministro, que maneja el Braulio, que vive al lado de la tienda y el bullicioso y pesado camión municipal de don Justo, el de La Posta. El "Chinito" hace dos o tres citas "pa' jugar a las siete" y pasan los últimos chicos. Pasan, finalmente, los dos o tres autos del garage, chirriando sus cajas de cambio...

A las seis y media de la tarde se prenden las luces. Aparece el "Chinito" y se pone a clavar su carrito de madera al pie del poste de la esquina. Se van reuniendo los chicos y el Loco también trae su carrito. Y, entre comentarios y apuestas, suben unos un cuarto de cuadra y esperan otros en la esquina, para ver a cada "volante" sentado y cada "ayudante" de pie, detrás, deslizarse en sus carritos, cuesta abajo.

Turnándose, largan muchas carreras. Mientras un señor dice airado, una interjección porque uno de los carritos "lo pasó rozando". O un señor y una señora ríen observando el entrevero subsiguiente al vuelco que sufrió el otro de los carritos. ..

Luego, se interrumpe todo, para dejar pasar al pesado camión municipal que ya vuelve.

Y renace la algazara otra vez. Y las parejas de muchachos y jovencitas pasan, debiendo dar un rodeo largo para esquivar las peligrosas evoluciones de los "volantes".

Pasan otra vez las sirvientas a comprar el pan "para la comida" y llaman a los niños al ir y volver: "Ya pues, niño, me haste hacer reñir". Pasan la Marcela, la estudiante de Medicina, con su "chico", el escuchando, ella con la calavera en la mano, hablando de Osteología.

Se apaga poco a poco la algazara y quedan solos en la calle el "Chinito" y el pequeño Mario y su hermanita, los dos hijos de doña Arminda, la señora que abandonó el argentino. El Mario sienta a su hermanita en el poyo de la casa de la esquina y ella continúa, calladita, jugando con la muñeca de trapo.

El "Chinito", de pronto, le propone al Mario: "Te presto mi carrito: andá saca un pan...". Y el Mario contesta: "No puedo, hombre... Mi mamá dijo que no entráramos. Está con un amigo...".

El "Chinito" hace un breve examen de su carrito, mira la calle vacía y vuelve a las andadas: "Sabes -propone- entraremos despacito...". Y el contrariado Mario contesta: "Te digo que no. Mi mamá está despachando un negocio".

El "Chinito", entonces, con aire resentido, dice a modo de despedida: "Fregarse's ley. Me voy...".

Y el Mario, mirando a su hermanita que, dormida, ha doblado la cabecita sobre el pecho, se dice a sí mismo, impaciente: "Esta mi mamá... que hace negocios a esta hora".

Mi calle es así. Hay un notaria, saludador y atento. Esta doña Luisa, la chola que apenas tiene y recoge a un par de chicos porque "quien'ps sinó"... Hay un italiano, cargado de anillos, que no habla con nadie y a quien dicen el Nicola no sé si por chiste o porque realmente se llame así. Está el negrito Beto que al pasar uno le dice con aire confianzudo, delante de sus pequeñas amistades: "Ahoritita voy'ir a la casa, caballero!"; y efectivamente viene y pide pan. Hay unos mendigos que se asolean tardes enteras en el terreno baldío, sobre un promontorio; desde lejos se los ve desnudos, sus cuerpos flacos y cobrizos. Hay chóferes. Hay un profesor. Y hasta hay un señor que todo lo observa y escribe sobre lo que ve.

En mi calle hay de todo. Borrachos elegantes y borrachos andrajosos. Honrados y ladronzuelos. Señoras de buena y mala vida. Mi calle es rica y pobre, triste y chistosa, alegre y dramática. Mi calle es de todo. Mi calle es la vida...

**"Ten Dollars"
("Diez Dólares")**

NESTOR TABOADA TERAN

Cuentista y novelista de inquietud social. Ha publicado "CLAROSCURO" y un libro de cuentos "GERMEN". Tiene varias obras inéditas.

I have seen roses damask'd, red and white.
But no such roses see. I in her cheeks... ⁽¹⁾.

SHAKESPEARE

Era el dolor de todos...
TAMAYO

Margarita Fuentes Carvajal era su nombre completo. Fuentes de madre y Carvajal de padre. Nacida en el amanecer Lluvioso de fines de primavera, tenía trece años. Para ese día el horóscopo marcaba: "Los nacidos hoy tienen ambiciones muy definidas, así como deseos de hacer cosas a su manera propia". No era hija de matrimonio legal; sino, una aventura más en la marea del amor irresponsable. El Sr. Carvajal, empleado de nota del Banco Popular, cuando supo el nacimiento desapareció y la madre, a duras penas, tuvo que soportar el peso de la infortunada criatura.

Margarita era la envidia de la vecindad. La deficiente alimentación, las pocas distracciones y su condición de enfermiza no la hicieron mella y sus años de adolescente resaltaban triunfantes. La delgadez de su cuerpo semejaba al de una delicada ninfa, su semblante pálido una pulcra y delicada femineidad, su andar pesado y ocioso una muy original coquetería.

Estudiaba estenodactilografía en el Instituto Comercial. Escribiendo con los diez dedos no le faltaría trabajo... Doña Gualy deseaba corte y confección, pero Margarita se estremecía ante la idea de ser una modistilla cualquiera. Y a buen seguro ni modista ni dactilógrafa resultó. Lo único que sacó del Instituto Comercial fue su título de callejera. Margarita confinada en casa, lloraba mucha, leía historias sentimentales, escuchaba comedias baratas, pasaba horas mirándose en el espejo. Volvía a llorar... Renegaba de su infancia. Quería ser "una señorita". Con abultados senos, con pronunciadas caderas y bien contorneadas piernas. Algo así como Titina Romay. Mas su anhelo tardaba en llegar. En sus labios mal coloreados apareció un rictus de protesta y rencor y se enamoró de un vecino que bordeaba la edad de Cristo. Este, casado y con varios traviesos, festejaba los coqueteos de Margarita. Mientras tanto, en la esquina rondaba Manuel Oquendo, quién la noche de los sábados y domingos, acompañado de amigos con guitarras y maracas, no dejaba conciliar el sueño a la vecindad:

*"Cariñito que siempre soñé
adornado de tierna emoción..."*

* * *

⁽¹⁾ -Hay rosas en colores, rojo y blanco.
Mas ninguna florece en sus mejillas...

Mas un día en forma reservada la esposa del vecino habló con doña Gualy. Doña Gualy cambió de colores y atarandada levantó a Cristo Rey en su ayuda. Pero no tardó en ver que no valía la pena de santificar a su hija. "Doña Gualy, esto le digo porque yo sé, más vale prever que lamentar...".

Y a los pocos días Margarita estaba en la tienda "Thompson" de Abraham Hoffman. "Don Abraham, si no se porta bien la mocosa -no pudo más con la emoción y se enjugó las lágrimas-... ¡Trátela usted como si fuera su padre!".

Hoffman era un judío sin dinero cuando llevo a Bolivia, como todos los buenos hijos de Moisés que arribaron a esta inocente tierra de promisión. Lo único que trajo del viejo Continente fue un paso porte enhollinado de especialista en el cultivo de hortalizas. El judío que no sabia "ni papa" de hortalizas, se dedicó a vender salchichas calientes con bastante mostaza en la esquina del Cine Bolívar. Las malas lenguas decían que eran de perro. La gente caritativa pagaba el doble del costo. En agradecimiento hacía una reverencia, y los indios sonreían. Se hizo de un capital y dejó el negocio que hacia sonreír a los indios. La Paz quedó sin salchichas calientes con mostaza. En cambio abrió una tienda de trapos en la calle Potosí y una fabulosa cuenta corriente en el Banco Mercantil. Los trapos los daba con facilidades de pago. "No se nota lo que se paga". Abraham Hoffman semana a semana, mes a mes, esquilmba al género humano sonriendo y diciendo tonterías en su desentonado castellano. Los indios ponían mala cara.

Margarita trabajaba muy al agrado de Abraham Hoffman. Era un trabajo distraído. Entraba y salía la gente derrochadora El judío la observaba fijamente. Fatídicamente. Margarita se sonrojaba y arreglaba el talle. Seguía tan loca como al principio. El taimado adivinó primero, entrevió después y comprendió por último la edad peligrosa de Margarita. Le dijo que esta noche después de trabajar, se quedara para charlar asuntos de la tienda. "Muy bien, don Abraham". Las compañeras de trabajo que no tenían pizca de tontas contuvieron la risa en sus pañuelos bordados.

Cerraron la tienda y no charlaron nada. Abraham Hoffman desgarró el limbo y Margarita quedó desvalorizada para siempre. Lo terrible y lo prohibido estaba hecho. Lloró sin poderse contener. Abraham Hoffman que en estos casos especiales era hombre de buen corazón, le obsequió trapos para ella y para su madre. Margarita se sonó las narices, seco las lágrimas y llevó los trapos a casa en automóvil. Doña Gualy la besó en la frente y le dijo:

-Ya ves, hijita, con el trabajo se adquiere todo. Y aquí tu estabas distraída haciendo hablar a la gente...

Margarita sin decir palabra la hizo a un lado y se metió en cama sin probar bocado. Doña Gualy se encogió de hombros y le tapó la espalda con la cobija.

Manuel Oquendo la esperaba a Margarita todas las noches en la esquina de la casa "Thompson".

-¿Por qué te has tardado Margarita? Hace más de una hora que estoy esperando... ¿Te llevo el paquete?

Y Margarita con aire lánguido apenas decía:

-Qué tonto, deberías haberte ido no más. Estuvimos con don Abraham sacando las cuentas del día.

La acompañaba hasta la casa y, a veces, cuando ella no estaba de mal talante daban algunas vueltecillas por la plaza. Al despedirse Margarita le daba un beso. "Mañana nos vemos a las 7". Manuel recibía el beso como bendición del cielo y se marchaba arrastrando su felicidad infeliz.

* * *

La gente derrochadora entraba y salía de la "Thompson". Apareció un turista venezolano, fornido y dicharachero. Sus manos eran gruesas y velludas. Llevaba un clavel blanco en el ojal. Y entre risas y sonrisas con la atenta vendedora, compró bastantes trapos. Volvió muchas veces en pocos días. Henrique Mora se hizo el cliente favorito de la casa.

Esa noche, Manuel la esperó con aire preocupado, tenía que despedirse; viajaría a Cochabamba por un corto tiempo. A su vuelta hablarían del porvenir. Margarita salió de la "Thompson" y contoneándose fue hasta un automóvil que estaba detenido cerca. La puerta se abrió, Margarita se introdujo y el carro partió rápidamente.

"¿Quizá un cliente importante? ¿Quizá el judío que la está haciendo trabajar por demás? ¿En automóvil? ¡Qué raro!". La aguardó en la puerta de su casa. Muy tarde le venció el aburrimiento y se marchó conturbado. La noche posterior aconteció la misma historia. Intentó correr tras del vehículo, pero no pudo alcanzarlo. El corazón le sangraba y los ojos tenían deseos de echar muchas lágrimas. Escupió en el suelo y caminó sin dirección. La gente salía del cine en pequeños grupos y niños descalzos ofrecían cigarrillos sueltos. Ancianos andrajosos vendían diarios. La noche estaba serena y tibia.

-¿Quién es ese? -preguntó Henrique Mora.

-Un cholo que me tiene sin vida, me fastidia.

Se apretujó fuertemente a él y apoyó su cabeza en el hombro. El automóvil se deslizaba suavemente; dió varias vueltas por la ciudad. Margarita gozaba, estaba en la gloria. Sentía el poder mágico del confortable y lujoso Hudson Hornet 1957 de máximo espacio, de máxima suavidad, de máxima seguridad. No había placer más grande en la tierra que ir en automóvil sin ton ni son. Un dulce y arrobador vértigo cada vez más fuerte y más vivo la apremiaba.

-¿Te gusta?

-Mucho.

-Vamos por la Florida, es un lugar maravilloso, tranquilo, fresco... ¿Cuánto te paga Hoffman?

Margarita dobló la suma. El venezolano se sorprendió: era muy poco. Le prometió el puesto de enfermera en la clínica de un amigo. Ganaría bien. Margarita se regocijó. En la Florida final para el automóvil. Había uno que otro coche perdido en los alrededores. Apagó los faroles. Era una preciosa noche lunar. A lo lejos titilaban las luces de Calacoto. Margarita se sintió desfallecer en manos de ese orangután. Y como si fuera una "biscuit" cualquiera se quebró nuevamente, irremediablemente, definitivamente. Su indefensa dignidad quedó proscrita, ya no existía. La luna y las estrellas, reina y princesas de un negro firmamento, reían indiferentes.

-Oh, bien mío, prométeme que nunca me olvidarás.

-Te prometo.

Pues Henrique Mora, el cliente favorito de la "Thompson", después de un corto lapso, no volvió a aparecer. Margarita sufría. También Manuel había desaparecido. Margarita se hizo irritable. Abraham Hoffman nuevamente la miraba con sus ojos antipáticos. Pidió que esta noche se quedara para hablar... Ella por toda respuesta le dió una bofetada. Abraham Hoffman sonrió tranquilamente.

Y Margarita Fuentes Carvajal, volvió a la soledad de su casa.

* * *

-Ayer ha venido la dueña de casa con su marido, ese cholo engreído que se ha hecho millonario de la noche a la mañana, y ha dicho que hay que aumentarle el alquiler. Y si no, que están dispuestos a darnos los tres meses de desahucio para que desocupemos...

Doña Gualy lloraba. La vida se estaba poniendo insostenible, dura, y Margarita dejaba de trabajar. ¡Que cabeza la de esta chica!

-... Ya es difícil vivir. El café ha subido nuevamente en el mercado. No hay papa. Para recibir un litro de kerosen hay que hacer cola de medio día. Las tiendas están vacías...

Con el pretexto de buscar trabajo, Margarita, primorosamente emperifollada, salía de la casa en la mañana y muy entrada la noche volvía. Dona Gualy la esperaba sentada en la cama, rezando.

-... Esta mañana casi la han matado a una señora en la aglomeración por recibir un kilo de carne. Las guaguas gritaban que daba pena. Vino el carro de la asistencia pública con dos mozos vestidos de blanco y se la llevaron desmayada. La pobre había estado encinta...

Cuando doña Gualy la regañaba, Margarita abría su bolso y dejaba sobre la mesa algunos billetes y volvía a salir de la casa.

-... Nuestro dinero ya no sirve. Son papeles, nada más que papeles. Dios del Cielo, que lo ves todo, que lo escuchas todo, ¿qué es esto?

Doña Gualy observaba de la puerta: las calles húmedas y frías estaban más silenciosas que nunca. Un borracho en la esquina hablaba consigo mismo. ¡Qué horror! Cerraba la puerta y se arrodillaba en media habitación, pedía a la Virgen Santísima, a la Madre de los Ángeles, que no la desampare a su hija.

Mas su hija hacia tiempo que estaba desamparada.

* * *

Margarita juntamente con otras divas, hablan organizado algo así como un centro de atracción turística. "Ten Dollars". Eran afiliadas a esta organización simpatiquísimas jovencitas, deslumbrantes hijas de familia que trabajaban en los tribunales, en las farmacias, en los ministerios, en los policlínicos y en las casas importadoras. Ganaban sueldos míseros y balanceaban sus economías haciendo una vida de honor munificente, asociadas a una pandilla de discretos alcahuetes. Nunca está demás la inteligencia de las mujeres... "Ten Dollars" tenía por finalidad agradar a los turistas extranjeros. Principalmente gringos. Llegando éstos al país ya no recurrirían en las noches a las poco románticas chilly women de El Prado. Por diez dólares todo saldría a pedir de boca. En La Paz florecería el amor, el placer y la dicha como en toda gran urbe civilizada.

Margarita se conchabó con varios extranjeros.

El argentino Alfonso Badula Picolomini, de maciza mandíbula y carrillos pronunciados, reía de todo y se burlaba de todos. "Che, cara de ángel, vosotras las bolivianos, parecen vacas mirando pasar el tren". Era mozuelo aún, dieciocho años, pero aparentaba mayor edad. Estaba de paso, iba a Panamá.

-¿Qué es eso que te llamas Margarita? Che, pebeta, ¿te haces o sos una fallutelli?

Margarita sonreía.

-Desde ahora tu te llamas Margo. "Margo ha vuelto a la ciudad...", ¿eh? Yo te bautizo...

Y Margarita, esbelta y graciosa, llegaba a casa con paquetes y ramos de flores.

El brasileño Darcy Espíritu Santo de Almeida era un viajero impenitente, aventurero que conocía media humanidad. Descendiente de "coroneles", tenía una extensa plantación de cacao en el Estado de Bahía. Margarita se sentía feliz con este mulato de ojos grandes y maneras simpáticas. Viajaron a los Yungas, a Sorata, a Copacabana, a Chacaltaya. Darcy gustó mucho de Sorata, de la tibia perla andina. Del Illampu. Se deleitaba contemplando deslumbrado horas y más horas el resplandeciente nevado. Las cascadas del deshielo... "Eu gosto muito do Illampu. E belo, muito belo". Margarita reía con ruido especial, casi enronquecida, como si el agua de un grifo estuviera llenando una botella. Caía la tarde, dejaban el Illampu y se marchaban al hotel. Cenaban y pasaban la noche charlando:

-Esto mesmo uma maravilha a noite de hoje, nao acha? Margarinha, a Bolivia tem as coisas mais belas do mundo. Estou certo. El cerro nevado es extraordinario, único en el mundo. El folklore incomparable...

-¿Y las mujeres?

-¿Y las mujeres? Ah, las mujeres son poco mulheres... Quiero decir, no son tan femeninas como las brasileñas o italianas. Mucho les falta de las cualidades..., esto es, más exactamente, de las virtudes femeninas. Les falta pasión, ternura. Nao se incomode, Margarinha. Aman al hombre no como es: un goce, un deleite natural, sino como una necesidad fatal, inevitable y nada más.

.....

-O que há, na Bolivia, e um sofrimento, um horrivel sofrimento.

El norteamericano Howard B. McCawley era diferente. Tenía un Buick -con motor de alto potencia y frenos hidráulicos de triple seguridad- último modelo. Howard -ex sheriff de Oklahoma- era miembro de una de las tantas misiones estadounidenses de asistencia técnica a países atrasados. Así como tenía gustos raros, también tenía bastante dinero de asistencia técnica para darse esos gustos. A Margarita le hacía sentar en sus rodillas y le murmuraba al oído palabras incomprensibles: "Margaret, let us be sincere and let us have friendship". Margarita no le entendía. Creía que en la tierra no había hombre más tonto que el gringo. "Gringo tilingo". Howard era un niño grande. Margarita se sentía cohibida cuando los ojos azules y saltones de Howard se pasaban sobre su desnudo cuerpo. Era un suplicio. Se creía culpable de estar corrompiendo a un menor. Desnuda andaba en la habitación, y él gozaba, se reía, alborozado como un loco. Emitía gruñidos de salvaje. Se ponía más colorado que de costumbre. Cual ardiente potro saltaba sobre las sillas, y sobre la cama, y sobre ella. Después, dormía malhumorado.

-Ahora, gringuito, son diez dólares.

-What? Ten dollars? ,

-Yes, mister yanqui. Ten dollars.

-Cagamba.

* * *

Doña Gualy lloraba. Con el sufrimiento, la pena y el sacrificio de tanto tiempo, había restado varios años a sus días. Encaneció notablemente. Sus dientes flaquearon, fueron cayendo uno por uno. Las arrugas de su frente se hicieron más firmes. Doña Gualy envejecía rápido. Tuvo un violento ataque de fiebre. Creyó que ya eran sus últimos momentos. El médico que vino a pedido de la caritativa vecindad, le aconsejó que no tenga preocupaciones. "Que la vida de ser dura, lo es, ni duda cabe, pero que lo importante es recibir esa dureza sonriendo". Doña Gualy no comprendía lo que estaba diciendo el doctor. ¡Estos médicos tienen cada salida! Le puso inyecciones de coramina. Margarita, como de costumbre, volvió tarde a la casa. Se extrañó de verla sentada, pálida, tiesa, solemne.

-¿Y, otra vez?

-Sí, Margarita, otra vez esperándote -dijo en tono de súplica.

-Pero, mamá, ¿por qué haces eso?

-No puedo dormir mientras tu estas afuera, mi hijita. No me regañes, por favor. Me siento enferma, Margarita.

Y doña Gualy, humilde y tierna, dijo lo que de terceras personas sabía. Eso de "Ten Dollars" la hacía sufrir. Señaló que estaba en juego su dignidad de señorita. "¿Dignidad? ¿Dignidad has dicho, mamá? ¿Quién tiene dignidad ahora? ¿Quién ha tenido alguna vez? ¿Todos son unos lobos hambrientos que se devoran entre sí". Las dos mujeres, con las manos apretadas y los corazones desbordados de amargura, lloraron hasta el amanecer.

* * *

Encima, desgracia mayor no pudo haber. Margarita se enamoró. Encontró al varón de sus amores: Ignazio Pedrosa. Este no era como los anteriores, al menos para ella. Muchacho argentino, tucumano, de ojos negros, inquietos y risueños, de cabello rizado. Jugador de fútbol, había llegado a La Paz contratado por un club del "Foot-ball Association". A Margarita le dijo palabras dulces y se prendió. A la postre resultaron dos tortolos que andaban por calles y parques tomados de la mano o enlazados del talle. La gente se paraba para mirarlos y sonreía con sarcasmo. No advertían ellos la maldad del mundo. Los perversos decían que el enamoramiento de esta moderna obrerita del placer era un accidente de trabajo.

-"Tango que me hiciste mal, y sin embargo te "quiero..."

-Margo, tú me gustás tanto que por tí sería capaz de morir... ¡Eres la luz de mis ojos!

-Oh, amor...

Margarita esperaba las horas de cita con el alma anhelante, con el corazón apretado. Nunca como ahora gustaba del crepúsculo, de las caídas de sol, de las plantas, de las flores. Leía a Bécquer. Escuchaba música. A pesar de la miseria que le estaba mostrando su cara antipática, ella estaba orgullosa de su condición de enamorada. Cuando Ignazio Pedrosa debutaba, Margarita sufría como sufre la mujer incomprendida del torero. Al menos cuando Ignazio caía en el césped haciendo cabriolas en el aire y se revolcaba, gemía, gritaba y los jueces desconcertados cobraban penas. Margarita le preguntó por qué hacía eso. Ignazio dijo que eran recursos deportivos. Margarita sonreía, pero, en lo íntimo, no le gustaba que Ignazio hiciera este sucio papel de comediante.

El ensueño terminó. Las doradas aventuras devinieron en amargas desventuras.

Concluidos sus contratos, Ignazio Pedrosa decidió marcharse a Buenos Aires. Margarita lloró, e Ignazio que tenía alergia a las lágrimas, resolvió llevarla. Y en esa tremenda urbe se

desentendió de las lágrimas y de la alergia. El tarambana estaba detrás de otra... Margarita apeló a la Embajada de Bolivia. El diplomático, cara de hindú, frunció el entrecejo, habló del nacionalismo en el amor y la volvió al país en el primer "Internacional". Margarita se sentía enferma, decaída, tenía fiebre. Temblaba de continuo y un sudor helado perlaba su frente. En La Paz lo primero que hizo fue ir en pos de un médico. El facultativo, hombre serio y experimentado, a tiempo de quitarse el estetoscopio, le dijo lo siguiente:

-Señora, está usted embarazada.

-Oh, doctor.

-Y algo más. Tiene usted comienzos de una... rara enfermedad -parpadeó-. No me explicó, señora. ...

-¿Qué enfermedad será, doctor?

-Una enfermedad vergonzosa.

-¡Oh!

* * *

Manuel Oquendo llegó a La Paz como miembro prominente del Sindicato de Trabajadores de la ciudad del valle y no tardó en encontrarse con Margarita. Manuel se asombró de verla envejecida, delgada, muy consumida. Una sombra negra orlaba sus ojos y despedía un intenso perfume... La estrella estaba palideciendo. ¡Cómo pasaron los años! Ambos suspiraron al estudiarse.

-¡Qué cambiado estás, Manuel! Gordo y alto, buen mozo. Mientras que yo... -se encogió de hombros-. Me dijeron que te casaste.

-Anjá.

-¿Qué tal tu mujer? Supe que es gorda y bonita... ¿Y los nenes? ¿Dos? Ah, tres. Qué maravilla.

Manuel le regaló un manojo de flores y la invitó a comer. Margarita expresó en tono indolente: "Vas a disculpar, hoy día tengo un apetito de mil demonios". El postre envuelto en servilletas de papel guardó en su bolso. Tomaron cocktails. Margarita se embriagó y lloró silenciosamente. Recordaba su niñez, su juventud. Estaba asqueada de la vida, de su vida relajada y relegada. Se enjugó las lágrimas y le pidió que la acompañe a su casa. Al salir del restaurant le apretó la mano. El hogar de Margarita estaba en San Jorge. Encendieron un globo de cristal que vertía una luz rosácea y Manuel se sorprendió:

-¡Tienes un hijo?

-Una hija.

-¿Y... el padre?

-Un canalla.

-¡Margarita, vida mía!

Apagaron el globo de cristal. La luz de la noche lunar penetraba por la ventana entreabierta. Una media luz. Esa noche Margarita soñó despierta. Revivía. Era una noche excepcional en la larga cadena de los días terribles.

-¿Tú crees, Manuel, que "el río vuelve a su cauce y la golondrina a su nido", como dice la canción?

-Este... depende. ¿Eso lo dices por nosotros? ¿No? Hum. Todo ya es tan diferente. Tus responsabilidades y las mías. Tú tienes una hija, una madre...

-Mi madre murió, Manuel.

-Oh, Margarita. Y... ¿llorando nuevamente? Bah, no llores, mi vida.

De cuando en cuando la habitación era iluminada por los faroles de los automóviles que pasaban.

-No llores, mi bien...

-No, Manuel -dijo trémula-; déjame llorar mis penas y mis desgracias. Cuando estoy sola lloro como tú no tienes idea. Y pienso si no estaré condenada a vivir así para siempre. ¡Esto es atroz, Dios mío!

-Las lágrimas... Muchos lloran de dolor, pocos de alegría.

-Nosotras, las pobres, siempre de dolor. El dolor nos persigue, Manuel.

-Todo es relativo en la vida. Todo cambia, Margarita. Hoy lloras, mañana reirás -suspiró profundamente-. Mañana reirán todos los hombres de bien. ¡Los trabajadores! Entonces no habrá tristeza ni ofensa. Será una vida sin dolor. Quisiera, Margarita, que algún día comprendas...

-¿Tú eres comunista, Manuel?

-¿Por qué?

-Esa tu manera de hablar...

-¿Qué tiene?

-Conmueve. Una vez escuché hablar así y cuando lo repetí me dijeron que eso era comunismo. Y la palabra comunismo me asusta sinceramente... ¿Soy un poco rara, verdad? Y dime tú, Manuel, ¿eres comunista?

Manuel sonrió:

-Los tiempos cambian, están cambiando. Para pensar y hablar así no es necesario ser comunista.

Un automóvil se detuvo cerca. Se escucharon voces. Pasos. Después, nada. Nuevamente se hizo el silencio nocturno. La niña de Margarita dormía plácidamente. La dulce e inocente florecilla era cieguita. Parecía un ángel.

* * *

La claridad del alba se abrió y la ciudad al pintarse de luz y de rosas se extrañó de ver a Margarita Fuentes Carvajal, la "ten dollars", con un pañuelo multicolor atado en la cabeza, dirigirse a Pura-Pura por el camino real, a trabajar en una hilandería de algodón. "¿Qué milagro es éste? -murmuraron los curiosos-... Con razón el cielo esta tan despejado". En el ambiente había un fresco apacible de calor y esperanza. El sol soflamaba por detrás del Illimani.

El pito de la fábrica saludó a Margarita. Los obreros y las obreras riendo entraban a trabajar. Ella lloraba. Las lágrimas que mojaban sus descoloridas mejillas no eran de dolor.

“Mientras mi mujer dormía”

EDUARDO OLMEDO LOPEZ

Poeta y escritor paceño que tiene publicado un libro de poemas bajo el título de "La Herida Permanente", y una pieza teatral llamada "La Casa de Mariana", Se encuentra en el exterior

No soy partidario de que los crímenes que uno comete queden en lo desconocido para siempre. A veces es casi bueno y sobre todo necesario hacer que ciertas cosas, se ignoren por un tiempo, pero es inevitable que tarde o temprano irrumpen en la vigilia del hombre y sacudan su plácida y cómoda ingenuidad llenándola con el aire enrojecido y violento de las pesadillas. El tiempo de silencio que para todo esto se precisó, ha pasado. Es menester, ahora, contarlo a quienes quieran escucharlo.

Aunque para esto tal vez sería útil algún antecedente, el único objeto que como algo así conservo hasta el presente, es una carta extensa que el tiempo ha tornado amarillenta y ridícula y que no vendría al caso revelar si no arrojase, como en verdad arroja, alguna luz sobre el estado de ánimo que me envolvía cuando la conocí y, especialmente, sobre lo joven que era entonces. La carta dice exactamente así:

"Hay recuerdos que viven en nosotros como si estuviesen fuera del tiempo. Y más que una fecha, que un rostro, que una época, nos evocan un sentimiento. Usted pertenece a uno de ellos, pero es acaso el único que de pronto ha dejado de ser simplemente un recuerdo. Es como si hubiese llegado de repente desde lo oscuro del pasado (de un posada presentido), a convertirse simultáneamente en amenaza y esperanza de mis días.

Alguien señala, como una de las causas del derrumbe de nuestra civilización, el afán humano en auge sobre todo en este tiempo, de supeditar todo a la razón. Y dice: "La razón sólo satisface a la capacidad razonadora que hay en el hombre". Y es cierto. Sólo a ella satisface. Y la razón es apenas una pequeña parte de nosotros mismos. Tenemos además lo imaginativo, lo afectivo, las tenebrosas fuerzas del subconsciente. La razón es sólo una pequeña parte.

Otro hombre dice: "Ni siquiera desde el punto de vista de las cosas más insignificantes de la vida, somos los hombres un todo materialmente constituido, idéntico para todos y del que cualquiera puede enterarse como de un pliego de condiciones o un testamento". Y esto también es cierto. Como es cierto aquello de que no todas las verdades que se saben acerca de nosotros sirven para conocernos mejor.

No voy a ser, pues, en esta carta, íntegramente razonable, ni siquiera veraz. Después de todo, qué es la verdad? "La calidad de lo que es cierto"?, "la conformidad de lo que se dice con lo que existe"?... Para que algo sea cierto, para que algo exista, basta con que nosotros lo podamos sentir. La verdad, pues, al fin de cuentas, se reduce a un sentimiento. Y las únicas verdades valederas, inmutables, permanentes, son las verdades del corazón. Y la mayor verdad del corazón, es el amor. La razón es un frasco tapado, a menudo envuelto en dulces perfumes, pero que en el fondo encierra solamente pestilencias. No voy a ser, pues, razonable, Ni siquiera veraz. A no ser con la verdad del corazón.

Repetidamente, despierto en medio de mis noches y, oyendo a mi corazón, me digo: vivo. Pero mi facultad de razonar entra en acción y entonces sé que apenas si agonizo. No quiero saber más de esta mi agonía. Me basta con las palabras bíblicas: y quién añade ciencia, añade dolor.

Los primeros años de mi juventud los he quemado en aras del conocimiento. Hoy reconozco que fue un sacrificio inútil, pero necesario. Y estoy de nuevo en busca del único sendero recto. En búsqueda del camino que nuevamente me lleve al corazón. Ahora siento más que nunca lo he sentido, que Dios es Amor.

Sólo cuando escribo soy feliz, y escribo por eso. No por ser un escritor. Ahora reconozco que no lo soy y acaso un día me duela, pero es así: sólo escribo por encontrar un refugio. Me cobijo bajo este techo no porque sea mi casa, sino porque afuera llueve. Y lo hago a menudo porque en la tierra espiritual donde vivo llueve a menudo. Sólo cuando escribo soy feliz. Entonces, únicamente entonces, puedo encontrar un equilibrio armónico entre mi corazón y mi cerebro. Ese equilibrio que no tengo en mi vida, en lo que puedo llamar mi vida. En realidad mi vida, como la del poeta francés, es otra cosa. Son seres que no conozco, lugares donde no estoy, mujeres que no son mías.

¿Sabe usted?, la tristeza es la levadura común con la que está amasado el pan de nuestros sueños. Yo quiero poner en ella un poco de alegría recogida de lejos. Lejos del bien y del mal. Una alegría donde simplemente sea El Corazón, El Hombre, La Mujer.

¿Me entiende usted? De todo esto hablo a solas. Y quisiera hablar de muchas cosas más, pero no a solos. La soledad nos hace daño cuando en ella podemos encontrarnos únicamente con nosotros mismos y en nosotros hay mucho desencanto. Por eso lo busco a usted. Aunque sea mediante este mensajero tan poco fiel de mi carta.

Hay demasiada melancolía en este continuo ver caer las hojas que bien sabemos no habrán de brotar más. Es un otoño triste, sin regreso, que dilata las sombras de esta inútil soledad en donde mis sueños se están transformando en una planta gris y estéril que no me da su fruto ni su sombra.

El hombre en su medio, a veces, va perdiendo sus aristas, y en lo que antes se movía con el impulso de sus primeras fuerzas, ya no se puede mover. Es como un engranaje cuyas ruedas dentadas se han gastado. De tal manera se empieza a alzar, casi sin que nos demos cuenta, el cerco de soledad que un día, si no podemos romperlo, nos ahogará. Puede usted comprender este anhelo de huir de una cárcel sin rejas, ni muros, ni techos?, sabe usted de esta cárcel inmaterial, inespacial, del solitario?

Le escribo al amanecer. Mi mujer duerme arriba. Si despertase, pensaría que estoy escribiendo acaso un trozo de novela. Jamás se imaginaría que es algo más irreal. Al descubrirlo, preguntaría "Por qué" y no podría contestarle. ¡Hay tantas cosas que no se puede contestar! Insistiría dulcemente, tristemente, "¡por qué!", y no entendería a Proust. Se negaría a considerar que "ni siquiera desde el punto de vista más insignificante de la vida, somos los hombres un todo materialmente constituido, idéntico para todos y del que cualquiera puede enterarse".

En esta carta va mi tranquilidad. No vea en ella más que un crepúsculo reflejado en los tonos desleídos del amanecer. No bien el sol acaba de morir, se abre en la noche la esperanza de que nazca el sol. Le suplico tenerlo en cuenta. Si no la comprende, si la lee una y otra vez y no la comprende, devuélvamela, pero no avance por su oscuridad. Es lo menos que usted podría hacer en retribución a este amanecer gastado bajo su recuerdo".

* * *

Como digo en la carta, la escribí al amanecer (mientras mi mujer dormía), con el propósito de hacérsela llegar al día siguiente. Sin embargo, debí guardarla durante más de un año antes de que ella pudiese conocerla. Y aún así, lo que hice lo hice a medias, pues nunca se la llegué a entregar, si bien es cierto que por lo menos se la pude leer una tarde. La escuchó en silencio, con un respeto que entonces le agradecí, y al terminar de oírla dijo tan suavemente como si hablase consigo misma: "¡Que hermosa carta!".

Nunca creí que esa carta fuese otra cosa que la carta de un enamorado. Pero a pesar de todo, la consideraba escrita con toda mi alma. No me la pidió. No me preguntó cuándo ni por qué la había escrito. Se limitó a escucharla y a decir "que hermosa carta". Luego de leerla, la guardé cuidadosamente en el bolsillo y nos despedimos como si no le hubiese dicho nada. Yo creí que explicándole con tanta ternura esas cosas que hasta entonces había callado, iba a lograr un desahogo para mi atormentado espíritu, pero quedé, después de hacerlo, con la misma ansiedad, con la misma angustia y con ese mismo deseo impreciso que envolvía su imagen cuando pensaba en ella.

Al término de dos años, mi silencio solícito, mi amor atento a su menor deseo, me hicieron su confidente, su amigo más fiel, su camarada y -bajo muchos aspectos- su cómplice. Al cabo de ese lapso, se las ingenió para imponerme un respeto terrible, que acogía hasta los más leves dictámenes de su execrable, inverosímil personalidad. Llegué a escucharle las cosas más insólitas, sin atreverme siquiera a pensar que eran pasibles de ser criticadas. Aceptaba sus palabras (así los hombres de Karain), como si fuesen un don de la fatalidad. Jamás hubo de mi parte una declaración de amor. Una estúpida sucesión de insignificantes, vergonzosas, pequeñas confesiones amorosas, suplió a esa declaración nunca dicha, sin lograr (oídme bien: no digo sus ventajas, ¡una sola de sus ventajas!) ni siquiera sus consecuencias. Jamás pedí una respuesta a esas confesiones dolorosas y humildes hasta lo ridículo. Si hay algo dañino, inútil, absurdo, es amar en la forma en que la amé: sin una sola exigencia, sin una sola esperanza, como si lo que amase no fuese un alma sino una sombra. De tarde en tarde, con repugnante dulzura, estrechaba su mano entre las mías o cerraba tímidamente mi puño en torno a su brazo. Y al hacerlo me sentía humillado. Reconocía en mi amor al amor impotente, sin ningún ideal, sin redención posible, y no obstante no podía nada contra él. Todo llegó al colmo cuando una mañana me dió cita en su casa. Todas las mañanas en que iba a su casa, nacía en mí la esperanza de reaccionar en cualquier forma. Sin embargo, apenas la veía, como al toque de una varita mágica, me convertía en un ser desmirriado, tímido, empequeñecido. Muchas veces he pensado explicarme este proceso y nunca he querido hacerlo. Nada odio más que escudriñar el fondo de mi alma. Aquella mañana me dió cita para decirme que en la tarde se casaba. Me dijo que si tomaba esa decisión, era sólo como una medida heroica para salir de la apatía en que se hundía. Me dijo, además, que se sentía sola y me descubrió de pronto su afición por el dinero y por la vida cómoda y confortable y sin preocupaciones. En esa oportunidad agoté todos los razonamientos que hubiese podido utilizar contra los matrimonios sin amor. Me repitió que el tiempo en que creía en el amor estaba lejos y que ya no creía en nada. ¡Dios mío!, pocas cosas recuerdo que sean tan penosas como el hablar de amor a una mujer que no cree en el amor. Al agotar mis razonamientos le dije que era una prostituta. Me escucho sin inmutarse, con ese aire de dignidad que nunca la abandonó, ni en sus peores momentos, y terminó diciéndome que eso tampoco le importaba ya. A modo de despedida, le desee cínicamente que su noche de bodas, su primera entrega "por cómodas cuotas mensuales", le fuese lo menos humillante posible. En la calle tornó a envolverme esa espantosa sensación que me sobrecogía cuando nos despedíamos.

Luego de dos o tres días, viajaron y no volví a verla hasta que hubo transcurrido un lapso de catorce meses. Durante algún tiempo traté de olvidarla. En tal afán me embarque en cuanta aventura amorosa encontré en mi camino a riesgo de poner en peligro lo que los hombres serios llaman "la estabilidad del hogar". Llegó un momento en que pensé que realmente la había olvidado. Pero me equivoqué. Todo esto era demasiado profundo, más profundo de lo que yo mismo esperaba.

Al saber que había regresado, no hice nada por verla. Y cuando, en una de esas tardes que su ausencia había uniformado, me encontré con ella en la calle, le hablé con frialdad. Una cándida certidumbre de crearme liberado de su amor, me hizo hablarle con una especie de frenética alegría, secreta y malevolente, y me empujó a advertirle, con una ingenuidad que aún ahora me hace sonreír, que ya jamás podría volver a significar nada en mi vida. Hubo un gesto, una mirada, una antigua sonrisa, acaso simplemente un movimiento, que dió al suelo con toda esta inocencia. Pero ella no estaba en esto. Permanecía en ese sitio inalienable, inviolable, sagrado, en

que sabía tan hábilmente situarse. Me oía burlonamente, casi diría cariñosamente, como a un chico recitando un verso escrito en su honor. Sabía que en cualquier momento podía lograr que de nuevo me sintiese solitariamente ligado a su destino y en ese maldito instante lo logró. Me dijo bruscamente que bebía, que sufría atrocemente, que se encerraba en su cuarto a solas y que bebía, que su marido -una noche- había tenido que romper la puerta para entrar a verla; que por favor no lo dijese a nadie, y qué se yo cuántas idioteces más. Finalmente, me confesó que iba a tener un hijo y me pidió~ que la ayudase a abortar. Suelo horrorizarme por pocas cosas, pero esta vez no sé por que me horroricé. La quería entrañablemente. Esa es la verdad. Todo lo que he hecho ha sido porque la quería entrañablemente. Abortó. Me exigió -nunca pude negarme a sus exigencias- que la acompañase donde el repugnante médico que habría de practicar el aborto. No le importó que alguien pudiese pensar que el hijo era mío y que ella era mi amante. Y fue menester que la esperase, con una indescriptible sensación de miedo y de tristeza sentado estúpidamente en esa odiosa salita blanca con muebles de hospital. Luego de dos horas la ví salir pálida, con esa dolorosa sonrisa (o con algo así como una sonrisa) que nunca le volví a ver. Venía apoyada en el imbécil del médico que me miraba insistentemente, como haciéndose el comprensivo, y en una enfermera de rostro inexpresivo y apagado. En la puerta nos esperaba un taxi. Fuimos muy lentamente hasta su casa. No hablamos durante todo el trayecto y sólo al despedirnos, estrechándome la mano y con un tono de intimidad que me deprimía, murmuró un débil agradecimiento. De regreso, el chofer del automóvil encendió la radio y empezó a sonar una de esas espantosas melodías que hace mas insoportable el idioma portugués. De haberle pedido que cortase la música, lo habría hecho a gritos e insultándolo. Me limité, pues, a decirle que detuviese el coche y me bajé. Regresé a pie hasta mi casa. En el camino, faltándome aún alrededor de seis cuadras, me detuve en una farmacia, compré un hipnótico y lo bebí de inmediato. No bien hube llegado, me acosté y dormí hasta medianoche. Al despertar, me fuí a beber y regrese a acostarme, nuevamente, casi al amanecer. No la volví a ver durante más de un mes. Pero eso no me servía de nada. Pensaba continuamente en ella y toda otra compañía se me hacía intolerable. El resto de las mujeres me servía apenas de un miserable pretexto para evocarla. Describir mi vida entonces, en lo que tiene de ajeno a este relato, sería monótono y aburrido. Vivía como un animal, vegetativamente. sin tener otra función moral que pensar incesantemente en ella.

Una mañana me llamó por teléfono para volver a citarme en su casa. Jamás me imaginé lo que podría suceder y fuí ingenuamente desprevenido. Me pidió que matara a su marido. Al preguntarle si se había vuelto loca, sólo logré excitar su histeria. Me habló a gritos de su anterior divorcio y del fracaso de su matrimonio actual, para terminar llorando convulsivamente entre mis brazos. Me explicó su odio y me juró que pasaría sobre su propia destrucción, si esto fuese necesario, con tal de destruirlo a él en caso de que yo no accediese. "Necesito vivir -me dijo- y por eso se lo pido a usted. Si yo lo hiciera tendría que suicidarme después. Y yo sé que usted me quiere, que me quiere realmente, que es el único hombre que me ha querido, y no quiero hacerlo sin antes pedirselo a usted". Me aseguró que nadie podría descubrir el crimen, se ofreció a mí, me dijo que sería mi amante y que nuestras dos vidas quedarían ligadas para siempre. Y entre su odio y entre sus lágrimas y entre su desesperación, la besé con una ansiedad con la que nunca había besado, con la que nunca volveré a besar. Su rostro, arrebatado por el llanto y el deseo, me pareció más hermoso, más querido que nunca.

Luego de esa primera cita, nos veíamos casi como dos amantes, y llegamos a hablar con una gran naturalidad sobre todos los detalles del crimen. A través de la calma y la frialdad con que planeamos minuciosamente su ejecución, el crimen mismo nos parecía revestido de cierta irrealdad. Yo había sido nombrado Secretario de la Embajada de mi país en Gran Bretaña y la fecha que elegimos fue la víspera de mi partida. Un mes antes vendí mi propia pistola, pretextando ante el amigo que la compró, la urgencia de dinero para evitar el protesto de un documento bancario que en realidad existía y cuyo plazo vencía aquel día. Luego encargué a los compañeros del partido un revolver o una pistola de cualquier calibre y marca, pero en buen estado. Fuí rechazando las armas que me ofrecían y, a uno por uno, les explique que como el arma, en el lugar de mi destino, me sería innecesaria, había desistido de la compra. Mi país acababa de salir de una revolución. Todo el pueblo se hallaba aún armado. Los disparos rompían a menudo la recobrada calma de las noches y ya casi no alarmaban a nadie. El mismo día del crimen, compré a

un muchacho a quien no conocía una “Colt 38” ya las dos de la madrugada me encontraba en el lugar elegido. Cerca de las tres sentí unos pasos. Mire y los ví. Pasaron frente a mí, sin verme, y cuando hubo mediado entre nosotros la distancia prudente, apunté -lleno de un odio incontenible- sobre el cráneo de ella y disparé. Corrí con la inaudita velocidad que sólo pudo imprimirme el terror que me sobrecogía y desaparecí en la espesa oscuridad de las calles. Llegué a mi casa y no pude dormir. Al amanecer me tranquilicé valiéndome de una droga. Desperté a mi mujer, cerramos las maletas y salimos, cerca de las siete y media, hacia el aeropuerto.

Hasta que sentí el trepidar de los motores y oí la voz de mi mujer que con una especie de delicado asombro, de infantil complacencia, decía que la máquina decolaba, no cesó de atormentarme un miedo irrazonable, patético, de ser descubierto. Pero cuando sentí el aparato en el aire y ví abajo las montañas y las llanuras desérticas y luego el mar como una mancha inmóvil de petróleo, como una placa metálica ondulada, gozó mi espíritu la tranquilidad de los cielos azules, del aire límpido, puro, de la lejanía infinita y vacía, y respiré hondamente, con una sensación de paz y de alegría que no experimenté jamás. Fue como si no sólo me sintiese seguro, fuera de todo riesgo, a salvo, sino libre del crimen mismo para siempre. Lo único que desde entonces en adelante me angustió de tiempo en tiempo, era saber que, fuese a donde fuese, la buscara por donde la buscara, esperara cuanto esperara, jamás la volvería a ver.

Frente a los espejos, al mirar mi rostro, a menudo pensaba en la muerte. Y me atormentaba especialmente por su contenido de absoluta oscuridad, porque significaba un terrible no volver a ver nada, nada, por toda la eternidad. De ahí emergía su recuerdo. Fuera de esto -fuera de saber que así recorriera pulgada por pulgada, milímetro a milímetro, toda la redonda extensión de la tierra, jamás la volvería a hallar- era como si nunca la hubiese matado, como si no hubiese muerto. Su muerte carecía de significado, no tenía sentido, era irreal. Y el crimen se me hacía inexistente.

Desde que despegó aquel avión, no he vuelto a pisar mi tierra. La Embajada y yo ya no tenemos absolutamente nada que ver. Hace muchos años he renunciado a mi nacionalidad escogiendo la que hoy me ampara. Ha muerto mi mujer sin sospechar nada de todo lo que hoy escribo, y he decidido publicar estas páginas. Una vez publicadas, sólo me quedará esperar. La vida es tan estúpida que es posible que en esta confesión vean únicamente un cuento. Ya ni siquiera esto me importa. Pueden venir si ocurre lo contrario y darme la muerte que les dé la gana. Cuando ya no se tiene nada que ver con la vida, la muerte es lo que menos importa.

Londres, Invierno de 19...